WILLIAM SHAKESPEARE

MÁCBETH

ADAPTACIÓN, EN CINCO ACTOS Y TRECE CUADROS,
DE LA TRAGEDIA DE TAL NOMBRE Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

HECHA DIRECTAMENTE DEL INGLÉS POR

JOSÉ DE ELOLA

Precio: 2 pesetas.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1904

MACBETH

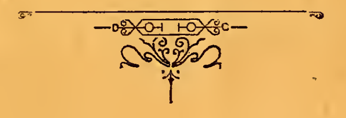
WILLIAM SHAKESPEARE

MÁCBETH

ADAPTACIÓN, EN CINCO ACTOS Y TRECE CUADROS,
DE LA TRAGEDIA DE TAL NOMBRE Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

HECHA DIRECTAMENTE DEL INGLÉS POR

JOSÉ DE ELOLA



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1904

OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

	Pesetas.
Eugenia (novela)............................	3
La Prima Juana (ídem), dos tomos..................	3
Bosquejos (cuentos)............................	3
Corazones Bravíos (ídem)........................	1
El Credo y la Razón (segunda edición)...............	3
La Verdad de la Guerra (versión del inglés), agotada.	
Planimetría de Precisión (obra premiada por la Escuela de Ingenieros de Minas y el Ministerio de la Guerra) cuatro volúmenes............................	50
Agenda del Topógrafo............................	5

A la eminente actriz D. Carmen Cobeña

José de [illegible]

ADVERTENCIA INDISPENSABLE

Por ser insólito que las obras teatrales se impriman antes de ser representadas, y no habiéndolo sido la presente, créome en el caso de declarar que sólo compelido por fuerza mayor infrinjo tal costumbre.

Anunciado para plazo muy breve el estreno de un arreglo de *Mácbeth*, de los Sres. París y López Marín, á quienes no tengo el honor de tratar, y que es casi seguro no sepan ni aun que existe mi adaptación, necesito hacer constar que en el otoño de 1901 quedó ésta terminada, siendo leída entonces á los Sres. Picón, Fernández Villegas, Garrido, Pérez Nieva y Osorio; viéndome precisado ahora á darla á luz, antes de que sea conocido el arreglo cuyo estreno se anuncia, para dejar sentada la preexistencia de mi trabajo.

Impúlsame el deseo de que posibles coincidencias en la interpretación del original (nada extrañas si los citados autores, cual es lo verosímil, han puesto en el estudio del texto inglés las mismas diligencias y asiduidad por mí aportadas al empeño), no puedan ser tachadas de plagio: cargo que no caería sobre ellos por no haberles yo dado á conocer mi manuscrito; pero que acaso se me imputara á mí, de no acudir, con anticipación prudente, á prevenir ese peligro.

Conviéneme además atajar la extrañeza que á alguien podrá causarle el que una obra destinada al teatro, terminada hace ya mucho tiempo, y no representada por ninguna compañía, no haya sido conocida de varias.

Hé aquí la explicación: el empresario y director de una, notabilísima por cierto, que en Febrero de 1902 realizaba una excursión artística por lejanos países, contrajo conmigo en dicha fecha, y por medio de carta, el formal compromiso de poner en escena esta adaptación de *Mácbeth*, tan pronto diera á conocer en España varias obras estrenadas durante su excursión, y algunas otras ya admitidas por él: relacionando éstas y aquéllas, puntualmente, en la benévola carta donde me aseguraba que sería para él un verdadero sentimiento que otro estrenara tal obra, haciendo de ella elogios que aquí no son del caso.

Al regreso á Madrid, fué reiterado por el ilustre actor el compromiso, al comenzar aquí la temporada del invierno de 1902, durante la cual me hizo buscar en España y en Inglaterra figurines de trajes y antecedentes de decoraciones; que allegados por mí tras penosas dili-

gencias, provocaron su declaración de que en seguida encargaría las decoraciones, con objeto de preparar la obra en Madrid para la campaña en provincias de 1903; pues un obstáculo, que constituía fuerza mayor, vedaba el intentar representarla en la corte. Posteriormente, en su deseo de que en ella se verificara el estreno, lo aplazó para el invierno de 1903 á 1904, previas gestiones que habían de hacerse para remover aquel obstáculo: según de palabra y en carta de 8 de Junio de 1903 me indicó, anunciándome el inmediato comienzo de ellas.

Y pasó la temporada de provincias; y otra vez en Madrid la compañía, sin que el notable actor diera señales de acordarse de las tales gestiones, ni de trajes, ni reparto, ni estreno en su teatro ni en provincias; pasado el plazo fijado en la carta en que adquirió su compromiso, preciso fué invitarle á que marcara fecha para su cumplimiento, á lo que no accedió, por haberse arrepentido de entablar las gestiones precisas para estrenar en Madrid, y por haber variado asimismo de opinión respecto á hacerlo fuera. En suma: alegando razones, que al contraer el compromiso habrían venido á punto, lo invalidó diciendo que él estrenaría la obra seguramente. ¿Cuándo? Cuando le conviniera. Pero ¿cuándo le convendría? Eso ya no era fácil precisarlo.

Naturalmente, retiré el manuscrito: y hé aquí porqué retenido éste muy cerca de dos años por una empresa, y confiado yo en la seriedad del compromiso categórico (que llegaba hasta fijar el cuándo) de que ella estrenaría la adaptación, no me ha sido posible en dicho tiempo disponer de aquella para ofrecerla á otras compañías, dando lugar á que se haga y estrene un nuevo arreglo.

Finalmente, de la publicación del mío, y de la inserción de la presente advertencia he dado por anticipado noticia á la empresa á que en ella me refiero.

PRÓLOGO INTERESANTE

Varias son las ediciones españolas que conozco de *Mácbeth*, en prosa unas, en verso otras; éstas directas, y vertidas aquéllas de versiones francesas ó italianas, y en casi todas la fidelidad brilla por su total ausencia.

Escrito el drama en idioma que con el nuestro tiene poca analogía, en época en que el inglés usaba de vocablos y giros, en gran parte anticuados al presente, al punto de verse hoy obligados los hijos de la misma Inglaterra á acudir á vocabularios especiales para entender á Shakespeare, fácil es comprender que si es ardua la empresa de traducirle en prosa, hacerlo en verso es imposible para quien no sea tan genio como él. No es, pues, extraño que adolezcan de gravísimos defectos las versiones de tal clase; mas no extrañeza, sino durísima censura merecen varias de ellas por permitirse profanar á Shakespeare: no sólo suprimiendo y tajando ideas y conceptos fundamentales, escenas, personajes; sino, lo que es más grave, permitiéndose desfigurar argumentos y caracteres, inventar tramas, situaciones, personajes, para colgarle tales enormidades al dramaturgo inglés: Sí; aunque parezca absurdo, todo esto se ha hecho.

Descartados semejantes engendros, y prescindiendo de otras traducciones en prosa, no acreedoras sino á caritativo olvido, quedan poquísimas dignas de consideración en cuanto á la fidelidad, que, con todo, no pasa sino de relativa, por lo que va á indicarse.

La fatalidad quiso que los autores de unas, versados en inglés, no lo estuvieran tanto en castellano, y de aquí obras plagadas de durezas; obscuridades parecidas á indescifrables logogrifos; extravagancias desdichadas, al punto de provocar la hilaridad en los más trágicos pasajes. El de alguna otra, libre de defectos tamaños, piensa, según declaración propia, que la grandeza de Shakespeare se funda únicamente en la creación de caracteres, conflictos, situaciones, y desdeña, por tanto, lo que llama migajas del festín, declarando que no intenta reproducir aquel lenguaje (único, á mi entender), en el cual halla graves defectos.

Sin negar que á veces la metáfora sea en Shakespeare rayana en lo ampuloso (y eso es Shakespeare), tengo por imposible conocer al poeta, ni á sus héroes, prescindiendo de su asombroso modo de expre-

sarse, y de la grandiosidad con que retumban las pasiones en las palabras de los que son, no personajes de una literatura, sino personificación en todas de odios y amores, de vicios ó virtudes que á aquél le plugo atribuirles.

El novelista puede relatar á los lectores cómo sienten y piensan los personajes de sus fábulas; pero siendo ellos mismos quienes en el teatro se retratan con sus acciones y palabras, desfigurados quedarán cuando se altere su manera de hablar. Y si dicen que el lenguaje es el hombre, ¿cómo no perderán de su grandeza las admirables creaciones que se llaman *Hamlet*, *Mácbeth*, *Otelo*, si los hacemos expresarse con distintas palabras de las que puso en boca de ellos el padre que les dió vida imperecedera?

Si agregamos á esto que es el hablar de Shakespeare, más que voz que describe, más que pincel que pinta, buril que graba, y cincel con que á martillo esculpe estatuas animadas por el soplo del genio, no es posible mirar como accesorias las bellezas que hacen de tal dicción incomparable maravilla.

Visto que por una ú otra causa se hallan inéditas no pocas de ellas para los españoles que ignoran el inglés, me arrastró mi entusiasmo por las que en *Mácbeth* se atesoran, y me propuse intentar reproducirlas: sin que tan ardua empresa me arredrara, por estar decidido á derrochar en ella tiempo, trabajo y perseverancia; sin que me detuviera la certeza de quedar muy por bajo del original, porque siendo tales y tantas sus bellezas, aun perdiéndose muchas al pasar por mis manos, todavía serían las que quedaran muy bastantes para apreciar la grandeza de la obra y del autor.

Para exculpar á traductores poco concienzudos alguien imputa al mismo Shakespeare obscuridades, de las que son aquéllos responsables, sin advertir que mal podía pecar por hablar en enigmas el dramaturgo más humano de cuantos escribieron comedias. También yo tropecé con pasajes obscuros; pero el estudio atento y pertinaz de la obra; reiteradas pesquisas para desenterrar olvidadas acepciones de vocablos que corrieron en tiempos con otras muy distintas de las que hoy les da el uso; la compulsa y examen de los vocabularios de época, permitiéronme aventar tales nieblas sin acudir al cómodo sistema, harto usado por muchos, de cortar por lo sano, saltando las frases no entendidas y prescindiendo de cuanto constituye seria dificultad que exija verdaderos esfuerzos.

Es, pues, esta versión totalmente diferente de todas las demás: no sólo por perseguirse en ella fidelidad que llegue á reproducir hasta los mismos matices de la frase original, en forma compatible con la índole del idioma castellano; no sólo por su tendencia á conservar con un lenguaje sobrio el vigor extraordinario de una dicción robusta y concisa, sino por el gran número de disentimientos radicales en la interpretación de muchos pasajes: advirtiendo que no inserto notas justificativas de mi manera de interpretar á Shakespeare, para evitar al lector enojosas distracciones, y para huir de citar nombres de tra-

ductores, cual sería necesario para impugnar sus criterios; pero invito á quien conozca esas versiones y sepa inglés, á compulsarlas con la presente y con el original; y aun más, estoy dispuesto á discutir, con quien preciso fuere, cualquier punto.

Afirmada la escrupulosidad con que he procedido, y la causa que me movió á hacer una nueva versión castellana de *Mácbeth*, he de decir ahora que, al destinarla al teatro, era preciso darle condiciones apropiadas á la representación escénica, atendiendo para ello á exigencias contingentes y variables de época á época, y á la diversa índole, mudable como ellas, de los públicos: de aquí que me fuera preciso modificar la estructura escénica de la obra, *mas respetando en absoluto, y hasta en sus mínimos detalles, cuanto respecta á la estructura pasional y dramática* de la tragedia.

Treinta decoraciones reducidas á ocho; repeticiones suprimidas; largos monólogos distribuídos entre varios personajes; hacer decir á alguno lo que el original pone en boca de otros (para disminuir el número de actores) y, algunos cortes indispensables, á fin de reducir las dimensiones de la obra, demasiado larga para el tiempo que hoy duran las usuales, son prueba de la necesidad imprescindible de hacer, no una ordenada traducción, sino una adaptación.

Para lograr en ella aquellos fines, preciso ha sido alterar la distribución en actos y en escenas, cambiando muchas de lugar, dividiendo unas y reuniendo otras; pero eso sí, respetando al gran maestro, echando mano casi siempre, salvo en los casos de imposibilidad, de ideas y palabras de Shakespeare, para efectuar las soldaduras; no omitiendo *nada* en la acción, ni un pensamiento notable, ni ninguna belleza característica de forma; suprimiendo tan sólo escenas episódicas, cual los asesinatos de Banquo y la familia de Mácduf, á la vista del público, escenas que, conocidas de éste por referencia de los personajes, no hacen variar el desarrollo lógico del drama y lo recargan de sangrientos cuadros, hoy poco acordes con los gustos del público y los procedimientos teatrales; como el monólogo burlesco del portero borracho, intercalado entre escenas eminentemente trágicas, con perjuicio indudable de la impresión por éstas producida.

Afirmo, en suma: que, salvo lo anterior, y haber reducido á tres las cinco escenas en que las brujas intervienen, en la presente adaptación se halla *íntegro todo el* Mácbeth *que escribió Shakespeare*, aun cuando no se escalonan sus bellezas en el mismo orden; que garantizo la absoluta fidelidad de la versión, y que respondo de que, si bien me he visto precisado á suprimir alguna que otra escena poco interesante, no he dado cortes en las conservadas, ni mutilado nunca frases ni pensamientos del autor.

En un solo punto me permití poner algo de mi propia cosecha, y creo necesario dar sobre ello explicaciones.

En la obra de Shakespeare aparecen las brujas como seres con existencia real; en la adaptación son, ó quimeras levantadas por un sueño de Mácbeth en el acto primero, ó delirio de su mente en el cuarto.

La causa de ello ha sido mi temor de que, si al público del siglo XVI pudiera no extrañarle ver moverse á las brujas cual personajes reales, es muy probable que gentes de la vigésima centuria, que se caracterizan por un horror, acaso exagerado, á cuanto tiene apariencia de sobrenatural, sólo cual concesión á Shakespeare se admitieran, la cual, pesando sobre el auditorio desde las primeras escenas, pudiera crear prejuicio que amortiguara su percepción para apreciar las grandes bellezas del drama; ó, en términos teatrales, que temí fueran causa las brujas de que no *entrara el público en la obra* sino á la pura fuerza.

Claro que, á contar con uno constituído exclusivamente por literatos, estaría fuera de lugar mi temor; mas como no es para éstos para los que se representan las obras teatrales.....

Y siendo en la tragedia típico cuanto á las brujas se refiere; siendo preciso que las vea Mácbeth, que el público las vea, que se muevan y hablen cual Shakespeare quiso, se me ocurrió la idea de trocarlas en ficción del ensueño ó el delirio del héroe: así evitaba el peligro de dar á la tentación de Mácbeth origen extrahumano, con apariencia de realidad; así toma la lucha que en su alma se entabla, desde el principio de la tragedia, superior consistencia positiva; así, para públicos de *hoy*, resulta más humano el conflicto.

Pero ¿podía hacer esto sin alterar el drama en su esencia? Tan pude hacerlo, que me bastó para ello correr un tul delante de las brujas é insertar como inciso tres ó cuatro palabras en no más de otras tantas frases. Esto y la primera escena, que por estar en tal lugar afeará menos la obra, es lo único mío en esta adaptación.

Mas la anterior es sólo una razón *à posteriori:* puedo darlas mejores en mi abono.

¿Quién es Mácbeth? Un ambicioso, con ambición que le arrastra hasta el crimen; un desequilibrado, cuyos nervios no alcanzan el duro temple del corazón ni de la voluntad; un cerebro enfermo, aquejado de visiones y delirios; un desdichado que bordeando la demencia al contemplar cara á cara sus crímenes, á menudo desvaría frenético con palabras *puestas en sus labios por Shakespeare.*

Un hombre así, bien puede, al regresar victorioso del campo de batalla donde ha salvado el reino, y tenderse en su lecho, acariciar el ambicioso sueño donde las brujas le vaticinan su engrandecimiento; un hombre á quien Shakespeare nos muestra persiguiendo puñales que flotan en el aire, retrocediendo ante el espectro de Banquo, forjado por los remordimientos, bien puede delirar después hasta ver á las brujas con los ojos abiertos.

Más aún: ¿cree Mácbeth realmente en las brujas?..... ¿Da fe completa á sus vaticinios antes de que le ofusque totalmente la ambición?..... No; sus palabras al exclamar: «Si los hados lo tienen decretado, corónenme sin obligarme á robar la corona», son buena prueba de que piensa que, á no ayudarse él, no empuñará su mano el cetro, lo cual no indica gran confianza en la eficiencia de la predicción.

Y para terminar este prólogo, que, aunque no largo, alcanza dimen-

siones mayores de las que habría querido darle para no retardar al lector el momento de saborear la soberbia obra de Shakespeare, sólo me resta poner en claro que las bellezas, por mi pluma atenuadas, que en ella se hallen, son del maestro por entero; las deficiencias y los errores, míos.

PERSONAJES

MÁCBETH.
MÁCDUF.
ROSS.
LENNOX.
BANQUO (1, 2, 3).
DOCTOR (4, 5).
DUNCAN (1).
PORTERO (2).
MENTEITH (3, 5).
MALCOLM (1, 2, 4, 5).
ASESINO 1.º (3).
ANGUSS.
DONNALBAIN (1, 2).
CAITHNESS (3, 4, 5).
FLEANCIO (2).
ASESINO 2.º (3).
SEYTON (5).

ANCIANO (2).
NOBLE 1.º (3).
SUARDO, padre (5).
NOBLE 2.º (3).
SUARDO, hijo (5).
SOLDADO 1.º (1).
HERALDO (3).
SOLDADO 2.º (5).
CRIADO 1.º (1).
CRIADO 2.º (2), no habla.
CRIADO 3.º (3).
LADY MACBETH.
BRUJA 1.ª
BRUJA 2.ª
BRUJA 3.ª (1, 4).
DAMA (5).
DAMAS, NOBLES, SOLDADOS.

NOTA. Los personajes comprendidos por una llave pueden ser representados por un solo actor. Los números de los paréntesis indican los actos en que interviene cada personaje.

La acción en Escocia é Inglaterra á mediados del siglo XI.

ACTO PRIMERO

Bosque: á la izquierda, en último término, risco practicable; á la derecha, en el segundo, tienda de campaña formada con lona y pieles alrededor de un árbol, á cuyo tronco se hallan arrimados escudo y lanza, colgando de él, maza de armas y espada; sirven de asiento taburetes rústicos y piedras grandes, y de lecho pieles amontonadas. Una antorcha, sujeta á un palo hincado en el suelo, ilumina la tienda. Una gran piel sirve de puerta en la parte de atrás. Un centinela pasea, apareciendo y desapareciendo detrás de la tienda.

ESCENA PRIMERA

MÁCBETH, BANQUO y MÁCDUF, *sentados;* ROSS, *en pie.*

MACB. Dirás al Rey que la gavilla de piratas noruegos aprendió hoy á su costa cómo pelean los hijos de los héroes de Escocia; que Sueno está cercado, y él y sus escuadrones como ratón en ratonera; y que el infame Cáudor ha pasado, de acaudillar rebeldes, á una mazmorra de su propio castillo.

ROSS. ¿Y nada más?

MACB. Sí; dile á Duncan que todos han cumplido como buenos, pero que Banquo rayó donde ninguno.

BANQ. Gracias, Mácbeth; mas debe agregar Ross que junto á tu heroísmo todo palidece.

MACB. (*A Banquo.*) Sé lo que se te debe. (*A Ross.*) Di también al Monarca que en el Conde de Faife (*señalando á Mácduf*) tiene su más leal y valiente vasallo.

MCDF. Banquo lo ha dicho ya: hoy sólo tú eres grande.

MACB. Es deber del caudillo medir á cada uno por sus hechos, sin olvidarse de ninguno.

ROSS. ¿Cuándo parto?

MACB. Ahora mismo: quiero que en Fores veas el sol á su sali-

da. Revienta cuantos caballos sea preciso; no te detengas á comer ni á dormir, ni para resollar acortes la carrera, que cuando llegues ya podrás respirar á tus anchas. Adiós.

ROSS. Adiós. (*Sale de la tienda y después de la escena.*)

BANQ. Mala jornada va á pasar.

MCDF. Ya la cambiaría Cáudor por la que á él le espera.

MACB. Y tanto: Duncan no le perdonará su cobarde felonía.

MCDF. ¡El magnate más poderoso de Escocia!

MACB. ¡El primero después del Rey!

BANQ. Su traición es, á la postre, un buen negocio para la Corona: confiscados sus estados, eso se gana el Rey.

MCDF. Quién sabe: Duncan es generoso; acaso le repugne recibir bienes de manos del verdugo, y tal vez los reparta entre los nobles que le han sido leales.

MACB. ¡Repartirlos!

MCDF. Nada más fácil. Pero ya es hora de que durmamos y te dejemos hacer lo mismo.

Salen Mácduf y Banquo. Mácbeth los acompaña, pero sin separarse de la tienda, á la cual vuelve en seguida.

BANQ. (*Al tiempo de salir.*) Sí, que la jornada ha sido horrible para tí.

MACB. Tremenda; pero también la más hermosa de mi vida.

MCDF. Estarás muerto de cansancio.

MACB. Y rendido de sueño.

BANQ. Pues buenas noches.

MACB. Os deseo lo mismo. (*Vuelve á la tienda, pero en lugar de entrar en ella lo hará un comparsa idénticamente vestido, mientras aquél queda entre bastidores sin ser visto del público, en sitio donde pueda decir las palabras que se ponen en boca de Mácbeth antes de dormirse. El comparsa se tiende en el lecho. Mácduf y Banquo se dirigen á la izquierda, por cuya parte saldrán á la escena,*

BANQ. Hasta mañana.

MCDF. ¿Has visto qué hosco se puso Mácbeth cuando hablamos de Cáudor?

BANQ. Aprensión tuya; es que estaba cayéndose de sueño.

MCDF. No sé..... Más que yo le conoces, pues casi sois dos cuerpos con un alma.

BANQ. Y no conozco otra tan grande cual la suya. (*Salen.*)

ESCENA II

MÁCBETH *y las* BRUJAS

Cae un velo cada vez más tupido, que, dejando delante la tienda, oculta el resto de la decoración, reemplazada por nubes plomizas.

MACB. (*Tendido y somnoliento.*) ¡Repartir el Señorío de Cáudor!..... ¿Que han hecho esos leales sino venir en pos de mí, cual zorras, que siguiendo al león son muy valientes?..... ¡Duncan, Duncan! Viejo sin fuerza para empuñar la espada, ¿dónde andaría rodando á estas horas tu corona si no fuera por Mácbeth?..... ¿Qué sería de ti si yo quisiera?..... ¡Deshacer en migajas el Condado para echarlas á hambrones!..... Si tal hicieras, no habría justicia en la tierra ni en el cielo, y sería preciso buscarla en los infiernos..... (*Se duerme.*)

(*Surge del suelo una llamarada, y en pos de ella una bruja.*)

BRUJ. 1.ª Mácbeth, despierta, ármate, corre á la pelea; hoy vencerás á Sueno y apresarás á Cáudor.

(*Nueva llamarada y nueva bruja.*)

BRUJ. 2.ª ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? Nada, palabras hueras. ¿Lo oyes, Mácbeth?

(*Tercera llamarada y tercera bruja.*)

BRUJ. 3.ª Hermanas, hijas del Destino, raudas mensajeras de sus sentencias por mar y tierra, dancemos en corro. (*Se agarran y giran.*)

BRUJ. 1.ª ¿De dónde venís?

BRUJ. 2.ª De matar puercos.

BRUJ. 1.ª ¿Y tú?

BRUJ. 3.ª Con el regazo lleno de castañas estaba la mujer de un marinero, roncha que roncha, masca que masca. Dame, —le dije.—¡Arre allá, bruja maldita!—aulló la glotona, harta de ajos.—Su marido es el patrón del *Tigre*, que zarpó para Alepo. Ya me las pagará: como rata sin rabo, tras él me iré navegando en un cedazo.

BRUJ. 1.ª Te daré un vendaval.

BRUJ. 2.ª Yo soplaré en sus velas de proa.

BRUJ. 3.ª Y yo, señora de los vientos, contra él los alzaré: combatido por ellos los verá llegar del punto donde quiera arribar. El maleficio le seguirá sin tregua: cual agostado heno secaré sus labios, y la sed abrasará su garganta; sobre sus párpados colgaré el sueño, pero ro-

zándolos, no bajará jamás á ellos; ignorante de que su barco no se ha de hundir, lo verá siempre en riesgo de zozobrar; nueve veces nueve semanas vagará sacudido por deshecha borrasca.

Mirad, mirad lo que tengo aquí.

BRUJ. 1.ª A ver, á ver.

BRUJ. 2.ª ¿Qué es eso?

BRUJ. 3.ª El dedo de un marinero que naufragó cuando volvía á su hogar.

Oid, oid, redoblan los tambores; Mácbeth llega vencedor.

BRUJ. 1.ª Dancemos, dancemos. (*Vueltas en corro.*)

BRUJ. 3.ª Tres vueltas por ti, tres por mí, otras tres más para que sean nueve.

BRUJ. 2.ª Vámonos, vámonos; ya la niebla amortaja los valles.

BRUJ. 3.ª Y del lugar de la pelea se alza vaho de sangre fresca. Mañana será hedor de carne corrompida que envenenará el aire.

BRUJ. 1.ª ¿Cuándo nos reunimos?

BRUJ. 2.ª Cuando retumbe el trueno, y los relámpagos incendien las nubes, y la tormenta se deshaga en lluvia; cuando, decidida la batalla, se acalle el fragor de las armas.

BRUJ. 1.ª ¿Dónde nos juntaremos?

BRUJ. 3.ª En el páramo, junto al campo de Mácbeth: allí le encontraremos.

BRUJ. 2.ª Huyamos, cabalgando en la bruma.

BRUJ. 3.ª Arriba, á revolotear en el aire infecto del campo de batalla.

(*Salen cada cual por un lado.*)

ESCENA III

MÁCBETH *y* BANQUO; *las* BRUJAS.

Descórrese el telón de nubes, quedando el velo, tras el cual se ve toda la escena borrosa, cual el sueño de Mácbeth, dormido en la tienda delante de la gasa.—Salen por la derecha Mácbeth y Banquo.

MACB. Hermoso día, soberbio triunfo; pero ¡cuánto nos cuesta!

BANQ. No te apure; la sangre vertida en los combates es honra de los muertos y gloria de la patria.

(*Aparecen las tres brujas en lo alto del risco.*)

BRUJ. 3.ª (*Á Mácbeth y Banquo.*) Deteneos.

BAUQ. ¿Qué vestiglos son esos? ¿Qué significa su extraño atavío?..... Demacración tan sobrehumana, cual la que

abrió en sus rostros esos horribles surcos, no cabe en criaturas de la tierra; y, sin embargo, en la tierra las veo; á no ser por las barbas, diría que son mujeres; pero con esos dedos retorcidos y asquerosos.....; pues son peores los labios, pellejudos y colgantes..... ¿Vivís?..... ¿Sois algo más que sombras mudas á mis preguntas?

MACB. Si tenéis voz, hablad..... ¿Quiénes sois?

BRUJ. 1.ª Mácbeth, los hados te saludan. ¡Salve, Conde de Glamis!

BRUJ. 2.ª ¡Salve, Conde de Cáudor!

BRUJ. 3.ª ¡Mácbeth, salud! Tú serás rey.

BANQ. ¿Por qué te sobrecogen esas promesas que debieran acariciar tu oído? (*Á las brujas.*) Por la verdad os conjuro. ¿Sois fantasmas, ó tenéis la real existencia con que os ven los ojos? Saludáis á mi noble compañero con vaticinios de inmediatas grandezas, y levantando su esperanza á mayores alturas, le presentáis su imagen revestida de la púrpura real que esos presagios echan sobre sus hombros. Y para mí, ¿no hay nada?..... Si á vuestros ojos no recata el tiempo sus arcanos; si podéis predecir qué semilla ha de granar y cuál quedará vana, habladme claro, que ni imploro favores, ni temo vuestras iras.

BRUJ. 1.ª ¡Salud!

BRUJ. 2.ª ¡Salud!

BRUJ. 3.ª ¡Salud!

BRUJ. 1.ª No tan grande cual Mácbeth, pero mucho más grande.

BRUJ. 2.ª No tan dichoso, pero mucho más dichoso.

BRUJ. 3.ª Sin reinar serás tronco de reyes.

LAS TRES. ¡Salve, Mácbeth y Banquo! Adiós.

MACB. (*Como saliendo de un sueño.*) ¡Teneos, enigmáticas mensajeras del Destino! Quiero saber más. Sé que, muerto Sinel, recae en mí el señorío de Glamis; pero si vive Cáudor, ¿cómo puedo ostentar su título?..... ¡Escalar el trono aún es menos creible!..... Decid: ¿de dónde os viene la sobrenatural percepción de lo venidero?..... Hablad, á ello os conjuro. ¿Por qué, si no, nos detenéis en este desolado yermo con vuestras proféticas palabras?

(*Desaparecen rápidamente las brujas.*)

BANQ. ¿Qué es de ellas? ¿Dónde han ido? ¿Son brumas de la tierra, que se evaporan, ó jirones de nubes que el viento desvanece?

MACB. Como el aliento se pierde en el aire que lo engendra, sus impalpables cuerpos, de aire formados, se han deshecho en el aire. ¡Ojalá se hallaran aún ahí!

BANQ. Pero ¿fué realidad, ó habremos bebido algún brebaje que nos haya trastornado el juicio?

MACB. ¡Tus hijos serán reyes!

BANQ. ¡Tú serás rey!

MACB. Sí, sí.....: Conde de Cáudor..... ¡Rey! ¿Verdad que así dijeron?

BANQ. En ese mismo tono; con las mismas palabras.

MUTACIÓN

Telón que representa una habitación del palacio de Fores.

ESCENA IV

DUNCAN, MALCOLM, DONNALBAIN, LENNOX *y séquito; después* ANGUSS.

DUNC. (*Entrando con todos, menos Anguss, por la derecha.*) Haced entrar á ese correo, que nos trae nuevas de la rebelión. ¿Quién es?

MALC. El leal Anguss, duro y bravo soldado, que por libertarme combatió como bueno. (*A Anguss, que llega por la derecha.*) ¡Hola, valiente! Dile al Rey cuál dejas la pelea.

ANGUSS. (*Hincando la rodilla en el suelo.*) Incierta, como lucha de nadadores que, disputándose una tabla, entrelazan sus miembros, pugnando por ahogarse.—Con Macdonald, en cuya alma viven, como en cubil de hiena, la crueldad y la traición; donde en enjambre anidan todas las villanías, juntáronse buen golpe de infantes irlandeses y de las otras islas. Convertida en ramera de rebeldes, sonríe la fortuna á su maldita empresa; mas todo cede al ímpetu del terrible Máebeth, que, como alud que el heroísmo lanza, rompe, arrolla, destroza; llega al villano; de un tajo le hunde en la garganta los ruines pensamientos, y se trae su cabeza para colgarla de nuestras almenas.

DUNC. ¡Ah, valiente Máebeth! ¡Orgullo de mi raza! Bien acredita que por sus venas corre la sangre Real de Escocia. Sigue, sigue.

ANGUSS. Cual á veces con el sol se levanta la tormenta y de donde suelen venir calor y luz llegan olas gigantes, corceles de la muerte que recorre los mares, anegando barcos y hundiendo vidas, así aquel triunfo trajo nuevos riesgos; pues si bastó que la justicia se ciñera el arnés de la victoria para que los patanes irlandeses confiaran la vida á los talones, enardeció al Noruego su derrota, y

pertrechado de armas mejor templadas y gentes de refresco, emprendió nuevo asalto.

DUNC. ¿Y no se amilanaron Mácbeth y Banquo?

ANGUSS. ¡Amilanarse?..... Como águilas cayendo sobre bandada de gorriones, cual leones que á zarpazos ahuyentan los rebaños, así menudeaban sus mandobles en la hueste contraria, como truenos que en rayos se deshacen: dijérase, señor, que pretendían emborrachar la tierra con sangre de enemigos. Pero aquí llega el noble Barón de Ross, que traerá á V. A. noticias más recientes.

ESCENA V

DICHOS *y el* BARÓN DE ROSS

ROSS. Dios os guarde, señor.

DUNC. ¿De dónde vienes?

ROSS. De Faife, donde, tentando al cielo, ha poco tremolaban las banderas noruegas, levantando, al flamear, ráfagas de vergüenza que azotaban los rostros escoceses. El mismo Rey, ayudado de Cáudor, traidor entre traidores, guiaba la hueste cuya soberbia deja humillada el victorioso Mácbeth. Hoy Sueno, el orgulloso rey escandinavo, implora treguas; pero mientras no pague cien mil coronas de tributo, ni aun la tierra que ha menester para sus muertos le daremos.

DUNC. ¡Dios sea loado!

ROSS. Y Cáudor gime entre cadenas.

DUNC. No volverá á mentirme lealtad ni á levantar pendón de rebeldía; con la muerte pagará su perfidia. Ross, vuelve al campo, y á cargo tuyo queda la ejecución de la sentencia.

ROSS. Señor, seréis obedecido.

DUNC. Gane Mácbeth el feudo del traidor. (*A Ross y á Anguss.*) Corred al campamento, y anunciándole mi próxima llegada, saludadle en nombre mío con el título de Conde de Cáudor. Y nosotros, señores (*á los de su séquito*), á disponer la marcha.

Salen por un lado Duncan con su acompañamiento, y por el otro Ross y Anguss.

MUTACIÓN

La decoración de la primera escena. Mácbeth y Banquo departen paseando. Es de día.

ESCENA VI

MÁCBETH *y* BANQUO

BANQ. ¡Que extraño sueño!

MACB. Pero con fuerza tal de realidad, que aun ahora mismo me parece haberlo oído despierto.

BANQ. Efecto del cansancio de tu espíritu, agitado por las emociones de estos días..... Y ni contigo ni conmigo fueron avaras en promesas las tales hechiceras: vaya unos desatinos que se ocurren en sueños.

MACB. Quién sabe..... ¿Ves tú lo que se oculta detrás de aquella bruma que enturbia el horizonte?..... Pues no pretendas adivinar lo que escondido queda tras del velo interpuesto entre el hoy y el mañana.

BANQ. ¡Cómo! ¿Vas á dar crédito á ficciones?

MACB. (*Arrepentido de haber dicho tanto.*) ¡Ca! ¿Cómo voy á creer..... Era hablar por hablar.....

BANQ. (*Mirándole fijamente y hablando muy despacio y con intención.*) Por ti me alegro, pues aunque Duncan sea anciano y deudo tuyo, no es probable que puedas heredarle teniendo como tiene hijos y nietos.

MACB. Desde luego. (*Mácbeth da indicios de ir operándose en él un cambio de sentimientos con respecto á Banquo.*)

BANQ. (*Indiferente é incrédulo.*) En cuanto á mí.....

ESCENA VII

DICHOS, *un* SOLDADO, *y luego* ROSS *y* ANGUSS.

SOLD. 1.º (*Entrando por la izquierda.*) Señor, acaban de llegar al campamento los nobles Barones de Ross y Anguss.

MACB. Que vengan en seguida. (*Sale el soldado.*)

BANQ. (*Aparte.*) ¡Ay, gloria, gloria, qué pronto abres camino á la ambición!

(*Entran por la izquierda Ross y Anguss.*)

MACB. Bien venidos, amigos. (*A Ross.*) Pronto has dado la vuelta.

ROSS. Mácbeth, el Rey queda enterado de la defensa que de su reino hiciste; uno en pos de otro llegan á él mensajeros de la victoria, y todos alabando tus hazañas. Avido los escucha el Monarca; su pensamiento te sigue en el tremendo trance; y al verte atropellar los escuadrones noruegos con la muerte en la punta de la espada, dejando en pos de ti sangrienta estela de cadáveres, admiración y elogio luchan á cuál raye más alto.

ANGUSS. Él nos envía, para que con la nueva de su llegada te anticipemos la del premio que otorga á tu honradez y lealtad.

ROSS. Y en prenda de mayores mercedes, nos ordenó participarte que eres Señor de Cáudor.

(*Sorpresa de Mácbech, é involuntaria mirada á Banqüo.*)

BANQ. (*Aparte.*) ¿De cuándo acá es el diablo profeta de verdades?

MACB. ¿Cómo, viviendo Cáudor, me atavían con títulos prestados?

ANGUSS. Cortó su vida dura y justa sentencia. Ignoro si su traición, probada y confesada, fué pactar alianza con el invasor, ayudar solapadamente á los rebeldes, ó ambas cosas; mas sea cual fuere, cuando creía labrar la ruina de su patria, consumaba la propia.

MACB. (*Aparte y meditabundo.*) ¡Conde de Glamis! ¡Conde de Cáudor!..... Rayos de luz que alumbran la corona en lontananza. (*A Ross y á Anguss.*) Gracias, amigos. (*Bajo á Banquo.*) Cumplida la promesa que me ofrecía el Señorío de Cáudor, acaso no creas ya tan difícil que tus hijos sean reyes.

BANQ. Cuidado, Mácbeth, no sea que una ciega confianza encienda la ambición de trocar tu corona de Conde por otra más brillante. (*A Ross y á Anguss, durante los apartes de Mácbeth.*) Señores, dos palabras.

MACB. (*Aparte.*) Dos vaticinios realizados son augurio feliz del cumplimiento del más deslumbrador de todos..... ¿Será un bien, será un mal la inusitada tentación que me sacude?..... Si es un mal, ¿cómo la verdad viene á ser prenda del triunfo?; si un bien, ¿por qué me asustan las horrendas visiones que mi imaginación levanta? ¿por qué se me eriza el cabello al verlas cara á cara? ¿por qué mi firme corazón golpea el pecho con desusada furia, cual si fuera á romperlo? Los temores reales son menos espantosos que los imaginados, pues ese regicidio, que aún no es sino soñada fantasía, tortura mi conciencia como hecho realizado; y la razón, ahogándose en vanas aprensiones, sólo toma por real lo inexistente.

BANQ. Mirad, mirad que ensimismado está Mácbeth.

MACB. (*Aparte.*) Si, los hados lo tienen decretado, corónenme sin obligarme á robar la corona.

BANQ. Como la ropa nueva, se le despegan del cuerpo los honores que sobre él llueven.

MACB. (*Aparte.*) Venga lo que viniere, corran las horas hasta traer el día en que ha de resolverse la tormenta que en el alma llevo.

BANQ. Digno Mácbeth.....

MACB. Dispensad. A tientas, entre sombras de recuerdos perdidos, rebuscaba reminiscencias de borrosos hechos. (*A Ross y á Anguss.*) Mas las molestias que por mí habéis sufrido no correrán tal suerte, pues la memoria, donde quedan grabadas, las mostrará todos los días á mi agradecimiento. (*A Banquo.*) Medita maduramente sobre lo que sabes, y después hablaremos con despacio y entera confianza.

BANQ. Como tú lo deseo.

ROSS. Señores, el rey llega.

ESCENA VIII

DICHOS, DUNCAN, MALCOLM, DONNALBAIN *y séquito.*

MACB. (*Arrodillándose ante el Rey.*) Señor.....

DUNC. A mis pies no: son mis brazos los que te buscan, noble primo. (*Le levanta y se abrazan.*) El recelo de pasar por ingrato pesaba sobre mi alma hasta abrazarte; mas te hallabas tan lejos, que aun pudiendo dotar á la recompensa de alas poderosas, para que pronto te alcanzara, no habría volado al compás que pedía mi impaciencia. ¡Ojalá tuvieras menos méritos, para igualar á ellos mi gratitud y mercedes! Pero esto es imposible, pues no tengo con qué pagar lo que te debo.

MACB. Señor, es mi deber serviros, y en mi lealtad hallo el premio. Bien sienta á la Corona aprovechar servicios de los súbditos; cuádranos á nosotros el papel de hijos de V. A. y servidores del Estado, que nos obliga á todo sacrificio por el amor al padre y por la honra del reino.

DUNC. De la semilla de tu prosperidad, que acabas de sembrar, yo haré robusta encina. (*A Ross.*) ¿Se ha ejecutado en Cáudor la sentencia?

ROSS. A mi paso por su castillo han quedado cumplidas las órdenes de V. A.

DUNC. ¿Cómo murió?

ROSS. Implorando el perdón de V. A., hizo del arrepentimiento gala; confesó lealmente sus crímenes, y fué su muerte más grande que su vida; pues aprendiendo en el supremo trance á despreciar las vanidades que al hombre son tan caras, sin esfuerzo las arrojó de sí cual miserables bagatelas.

DUNCAN. Parece un sueño. ¡Ése era el hombre que yo hice arca de mi confianza!..... ¿Por qué no hay medio de ver la faz del alma en los rasgos del rostro? Dios le perdone á él y me conserve á mí los fieles servidores que me rodean. Y tú, leal Banquo, tan acreedor como el que más á recompensa y á que tus hechos se pregonen, ven á mis brazos y apriétate á mi pecho. (*Le abraza.*)

BANQ. Señor, también esas palabras son simiente de copiosa cosecha de adhesión y lealtad: crece en mi corazón, es toda vuestra y en él podéis segarla.

DUNC. Aun cuando en júbilo embargado, sé que, en la vida, tras de él llegan las lágrimas. Mis muchos años harán que pronto las derraméis por mí; y pues me preocupa el sosiego del reino, hijos, parientes, condes, servidores, sabed que establezco la sucesión al trono en mi primogénito Malcolm, quien desde hoy será Príncipe de Cumberland. Y para que este día no resplandezca sólo para él, y lo mismo que el cielo forma con estrellas la corte de la luna, he de solemnizarlo repartiendo títulos y honores á cuantos los merezcan.

MACB. (*Aparte.*) ¡Príncipe de Cumberland! Nueva barrera que, si no salto, cerrará mi camino..... ¡Cegad, estrellas: no rasguéis las tinieblas donde en el fondo de mi alma bullen negros designios! ¡Párpados míos, caed: que la mirada no se espante de la nefanda obra de la mano; y, perpetrada, abríos y recréense los ojos en su magnificencia!

DUNC. (*A Mácbeth.*) Ahora á Dunsinania, donde con tu hospitalidad aumentarás mi gratitud.

MACB. Pero ¿jamás probará V. A. á qué sabe el descanso?..... Permitid que, precediéndoos, sea vuestro aposentador, y anticipe á mi esposa la alegría de conocer la honra que dispensáis á nuestra casa.

DUNC. Vé, noble Cáudor, digno caballero, perla de mi corona. (*Sale Mácbeth.*) Te juro, Banquo, que son para mí el más grato sonido las alabanzas que se le tributan. Sigámosle, señores; vamos á que en su casa nos dé la bienvenida. (*Salen todos.*)

MUTACIÓN

Aposento del castillo de Mácbeth en Dunsinania: por las ventanas se ven los torreones del exterior. Lady Mácbeth entra con un papel en la mano, y se sienta.

ESCENA IX

LADY MÁCBETH, *después* CRIADO 1.º

LADY M. (*Leyendo.*) «..... Saliéronme al camino el día de la victoria. Yo no sé ya donde acaba el vivir y comienza el soñar; pero, verdad ó sueño, palabras que á los oidos llegan, ó susurro en el alma de voces sodrehumanas, tengo evidente prueba de que la ciencia de aquellas mujeres es superior á la de los mortales. Cuando ardía en deseos de preguntarles más, se deshicieron en el aire sus cuerpos. Después llegaron emisarios del Rey dándome el título de Conde de Cáudor, que aquellas mensajeras de los hados me habían prometido, al informarme de los altos destinos de mi vida con aquel *Salve, tú serás rey*, que no se aparta de mi pensamiento. Te adelanto estas gratas nuevas, querida compañera de prosperidades, para no robarte ni un minuto de goces en la contemplación de la grandeza que se nos promete. Regocíjate, y adiós.» (*Levantándose y hablado.*) Poco importa que sea verdad ó sueño: los hombres de firme voluntad son reyes de su vida, y los sucesos venideros esclavos de quien con ánimo resuelto se atreve á provocarlos. Señor de Glamis, Conde de Cáudor, á querer, tú verás ese horóscopo cumplido. Pero tu condición de niño, en cuyos labios aún chorrea la leche, es demasiado blanda para llevarte por el camino recto: eres ambicioso, mas te faltan las alas que á la ambición da la maldad; quisieras aprovecharte del robo, pero sin robar tú; cosechar fruto de traiciones sembrando lealtades; te espantará lo que es preciso hacer para llegar al fin, y, sin embargo, si lo vieras hecho no querrías deshacerlo..... Ven, apresúrate, para que pronto vibre mi decisión en tus oídos, y con mi lengua avente los recelos que alejan de tus sienes la diadema real con que poderes sobrenaturales quieren coronarte. (*A un criado que entra.*) ¿Que noticias traes?

CDO. 1.º Que el Rey llega esta noche al castillo.

LADY M. ¡Estás loco! ¿No está con él tu amo, que si así fuera me habría prevenido para recibirle dignamente?

CDO. 1.º Es que así es. El señor Conde viene de camino y llegará en seguida: un correo, que por mandato suyo se adelantó, acaba de llegar sin más aliento que el preciso para dar la noticia.

LADY M. Pues atendedle y regaladle, que es portador de grandes nuevas. (*Sale el criado.*) Los cuervos enronquecen anunciando con tétrico graznar la llegada de Duncan al castillo. A mí, espíritus maléficos que sugerís ideas de destrucción y muerte; henchid mi cuerpo femenil de viriles alientos y crueldad implacable; ennegreced mi sangre, cerrad el paso á los remordimientos y atajad los escrúpulos de cobarde conciencia, para que ni vacile ni se aplace mi feroz propósito: fuerzas invisibles que empujáis el brazo del asesino, venid, y á cambio de amarga hiel para empaparme el corazón en ella, llevaos la leche de mis pechos: caiga la noche, y envolviéndose en sombras más obscuras que el humo del infierno, oculte á mi puñal la herida que produzca, é impida que la luz de las estrellas rasgando las tinieblas, pueda gritarme: «¡Tente!»

ESCENA X

LADY MÁCBETH *y* MÁCBETH

LADY M. (*A Mácbeth, que entra.*) Bien venido, noble Conde de Glamis y de Cáudor, aún más grande mañana por decretos del Destino. Tu carta, iluminando el obscuro presente, me deslumbró con resplandores de glorias venideras.

MACB. (*Muy agitado.*) Amada mía, Duncan llega esta noche.

LADY M. ¿Y cuándo parte?

MACB. Mañana, según dice.

LADY M. El sol de ese mañana no brillará para él. Esposo mío, en tu cara puede leer cualquiera graves propósitos. Escóndelos: sé artero como el tiempo, que con bonanza oculta la tormenta; con ojos, rostro y lengua, da al Rey la bienvenida, fingiendo sencillez encubridora de tus planes, y deja á mi cuidado la magna empresa que para siempre nos hará grandes y poderosos.

MACB. Luego, luego hablaremos.

LADY M. Pero ante todo, muéstrate sereno, y piensa que el demudarse es propio de cobardes.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración del final del acto anterior. Cruzan la escena criados con servicio de mesa. Después entra Mácbeth. en traje de corte y meditabundo.

ESCENA PRIMERA

MÁCBETH

MACB. ¡Ah, si hacerlo bastara, estaría ya hecho! Si él fuera el solo obstáculo, y con matarle se allanara todo, á su cadáver le arrancaría la corona; si con su último aliento se pudieran juntar en una puñalada el principio y el fin del camino que conduce al trono, desde este instante, escollo de mi vida combatido por la ambición y el crimen, me arrojaría en las sombras de lo venidero. Pero, ¡ay!, si de mi alma arranco la compasión y me mancho con sangre, enseño á la conciencia á ser cruel; y esa crueldad, vuelta en mi contra, me azotará con los remordimientos, tósigo del terrible mañana que me habré preparado..... Soy su deudo y vasallo, es hoy mi huésped: todo me obliga á defenderle..... ¡No, no; fuera monstruoso convertirme en su asesino! Además, es tan bueno, su dominio tan suave, que será escudo de su vida la santidad de ella. Y si, con todo, execrable atentado se la arranca, sus virtudes, trocadas en ángeles vocingleros, cabalgarán sobre los vendavales y atronarán el mundo con maldiciones al infame asesino; y la piedad, desnuda criatura recién nacida, con alas de querube surcará los aires vertiendo lágrimas, que al caer en los humanos corazones, á raudales harán correr el llanto de los hombres por el horrendo crimen. No; ni razón ni justicia aguijan mi deseo: sólo me arrastra desmedida ambición que puede ser mi ruina. (*Sobresaltado por la entrada de lady Mácbeth.*) ¡Ah!..... ¿Eres tú? ¿Qué ocurre?

ESCENA II

MÁCBETH *y.* LADY MÁCBETH

LADY M. El Rey está acabando de cenar; ¿por qué te has salido?

MACB. No podía mirarle..... ¿Ha preguntado por mí?

LADY M. ¿No sabes que sí?

MACB. (*Como respondiendo á sus pensamientos.*) Es imposible; hay que desistir de esto..... Acaba de colmarme de honores; todos me admiran por leal y honrado..... No, no: quiero gozar mi gloria, que hoy brilla en toda su pureza; para mancharla es demasiado pronto.

LADY M. Sin duda cayó borracha tu animosa esperanza, y al despertarse ahora, mira con mustios ojos lo que antes contemplaba resuelta. Flojo, como ella, será el amor que me profesas..... ¿Tendrás miedo de llegar con tus obras adonde llegan tus deseos? ¿Renunciarás á la ambición que debe engrandecerte? ¿Te resignas á ver en ti un cobarde, en quien un *no me atrevo* es más fuerte que un *quiero*? ¿Acaso eres como la zorra de las uvas?

MACB. ¡Por el infierno, basta! No hay hombre que se atreva á más que yo; pero esta empresa es de fieras, no de hombres.

LADY M. (*Irónica.*) Sería una hiena la que te indujo á confiarme tus planes..... Entonces, para encumbrarte sobre los demás hombres, te atrevías á lo que ahora llamas inhumana empresa; cuando no tenías tiempo ni lugar propicios, los buscabas; hoy llaman á tu puerta, y cobarde la cierras. Amamantando á mi hijo, gozo el placer indecible de sentir en sus venas latidos de mi sangre. Pues bien: si, como tú, hubiera yo violado un juramento, desviando los ojos para no ver al inocente sonreirme, capaz sería de arrancar el pecho de su dulce boca, y contra el suelo hacerle trizas la cabeza.

MACB. Pero ¿y si fracasamos?

LADY M. Forja con tu valor férrea coraza que el corazón te envuelva, y no fracasaremos. Cuando, agobiado por la dura jornada, caiga Duncan en profundo sueño, yo me encargo de emborrachar á los gentileshombres que en su cámara velan; yo haré de su razón confuso caos, y su memoria, espejo del cerebro, se desvanecerá cual humo; y cuando amodorrados yazcan, en vino ahitos, en tus manos tendrás á Duncan indefenso. ¿Quién entonces podrá impedirnos imputar el asesinato á los mismos guardianes?

MACB. Tú no concebirás sino varones, que de indomable brío sólo virilidad puede engendrarse. Tienes razón: manchándolos con sangre y empleando sus dagas, nadie podrá dudar que sean los asesinos.

LADY M. Ni ¿quién sospechará de nosotros cuando atronemos el castillo con lamentos?

MACB. Está la suerte echada: deseos y facultades de mi alma, en apretado haz, fortalecen la voluntad, dándome alientos para todo. Entretanto, la falsía del rostro oculte nuestro sañudo intento. (*Salen.*)

MUTACIÓN

Plaza de armas del castillo: á la derecha pabellón donde se aloja Duncan, con puerta practicable; á la izquierda edificio donde se supone están las habitaciones de Mácbeth y su esposa; en la pared, palomilla alta de la que cuelga una campana con cordel pendiente de ella; al fondo muralla con una gran puerta, y cercano á ésta, empotrado en el muro, garfio donde estará clavada una antorcha que ilumina precariamente la escena, sola al verificarse la mutación.—Truenos y relámpagos cada vez más frecuentes hasta el fin del acto.

ESCENA III

BANQUO *y* FLEANCIO

BANQ. (*Entrando con Fleancio por el pasadizo que habrá entre el pabellón y la muralla. Fleancio traerá una antorcha.*) ¿Qué hora es, hijo mío?

FLEAN. No lo sé á punto fijo; pero la luna está muy baja.

BANQ. Se pone á las doce.

FLEAN. Creo que más tarde.

BANQ. (*Dándole la espada.*) Tenme la espada. ¡Qué noche tan obscura! El cielo se ahorra hoy los candiles. Me pesan los párpados como plomo, pero no quiero dormir, pues me inquietan tristes ideas que turbarían mi sueño. ¡Dios quiera librarme pronto de ellas! ¿Quién anda ahí? Trae, trae la espada. (*Se la coge á Fleancio.*)

ESCENA IV

MÁCBETH *y* BANQUO

MACB. (*Entrando acompañado de un criado con una antorcha.*) Un amigo.

BANQ. ¡Cómo! ¿todavía en pie?..... El Rey, alegre como nunca, ha enviado una espléndida gratificación á la servidumbre; y á tu esposa, á quien llama su gentil hostelera, un soberbio brillante como recuerdo de su hospitalidad. Después, muy complacido, se ha retirado á descansar.

MACB. Menos nuestro deseo, todo en el agasajo ha sido pobre: á no venir el Rey tan de improviso, muy de otro modo le habríamos recibido.

BANQ. Tu hospitalidad nada nos ha dejado echar de menos. Y me voy á dormir, que estoy rendido. A ver si sueño con las brujas y con sus vaticinios.

MACB. Cuando puedas perder una hora, deseo que hablemos sobre eso.

BANQ. Cuando te plazca.

MACB. Y si entonces te avienes á lo que te aconseje, ganarás prez y medros.

BANQ. A medrar estòy (*Con intención.*); pero por medios que ni perturben mi conciencia ni empañen mi honra.

MACB. (*Contrariado.*) Pues entretanto, Dios te dé buena noche. (*Salen Banquo y Fleancio por donde entraron. Al criado.*) Vé, di á la Condesa que avise con una campanada cuando esté el ponche preparado. (*Rehusando la antorcha que el criado le ofrece.*) No, llévate la antorcha, no la necesito. (*Sale el criado por la derecha. Mácbeth queda ensimismado, y á poco desvaría, accionando violentamente, cual si viera lo que dice el parlamento y ejecutara las acciones á que se refiere.*)

ESCENA V

MÁCBETH

MACB. ¿Es una daga eso que brilla?..... Sí: he ahí la hoja; aquí la empuñadura..... Ven, no huyas, quiero cogerte..... Si no puedo palparte, ¿por qué te veo tan cercana? Si tienes realidad para los ojos, ¿cómo mi mano sólo empuña el vacío?..... ¿Será alucinación? ¿Seré yo mismo el creador de lo que veo?..... Sí, sí, no hay duda: es mi firme propósito hierro caldeado en la fiebre del cerebro, yunque mis sienes, y la sangre, martillo que, golpeando en ellas, forja el puñal que miro..... Pero si lo estoy viendo como éste que mis dedos oprimen (*Sacando el suyo de la vaina.*); si es idéntico al que he de usar; (*Anda, como fascinado, hacia la puerta del pabellón real.*); si la brillante estela con que su acero, rasgando

el aire, guía mis pasos á esta puerta, que habré de franquear para llegar á Duncan..... (*Pone ambas manos en la puerta, y al ver desaparecer la visión del puñal, gira sobre sí mismo, se las lleva á la cabeza y recorre la escena en completo delirio.*) ¿Dónde está?..... ¡Ya no lo veo!..... ¿Es que mis ojos están locos, ó mi razón atacada de demencia?..... ¡Ah! Otra vez: ahí, ahí; pero ahora llora sangre la hoja..... (*Retrocede horrorizado.*) No, no; todo es mentira; fantasmas que el miedo al pavoroso trance me pone ante los ojos..... ¡Qué horrible noche!..... El mundo se desquicia..... ¡Cuál debe agitar la pesadilla á los que ahora duermen!..... Inconmovible tierra, apaga en tus entrañas el ruido de mis pasos; piedras, no os despertéis; no le digáis al mundo adónde me encamino; pierdan los siglos la memoria de esta noche, y el tiempo arranque de su existencia perdurable el instante del crimen. Pero basta: las palabras ociosas hielan la voluntad; mientras malgasto el brío en amenazas Duncan respira. (*Se oye una campanada á lo lejos.*) ¡La señal!..... Adentro: á acabar de una vez. Duncan, no oigas esa campana que por ti dobla llamándote al cielo ó al infierno. (*Se precipita en el pabellón de Duncan.*)

ESCENA VI

LADY MACBETH; *luego* MACBETH

LADY M. (*Saliendo del edificio de la derecha.*) Duermen..... Con su embriaguez crece mi decisión..... (*Sobresaltada.*) ¿Qué?..... Nada: es el buho, que con su canto melancólico hace más temeroso el silencio de la noche..... Ya entró Mácbeth. De par en par le franqueé las puertas, y los gentileshombres guardan el real sueño con ronquidos. Tan fuerte fué el efecto de la pócima mezclada al ponche, que, á no saber que duermen, los habría creído muertos.

MACB. (*Dentro, con voz ahogada.*) ¿Quién está ahí? ¿Qué es eso?

LADY M. ¡Jesús!..... Si los ha despertado, nos perdemos..... ¿Qué?..... Imposible, no puede equivocarse, bien á la vista puse los puñales..... ¡Ah! Si al mirar á Duncan no me hubiera acordado de mi padre dormido, yo misma le cosiera á puñaladas.

MACB. (*Saliendo vacilante, con un puñal en la mano.*) ¡Ya está!..... ¿No oiste ruido?

LADY M. Sólo los gritos de lechuzas y mochuelos..... Y tú, ¿no hablabas?

MACB. ¿Cuándo?
LADY M. Hace un momento.
MACB. ¿Cuando bajaba?
LADY M. Sí.
MACB. (*Desvariando.*) Dime, ¿quién duerme en la segunda habitación?
LADY M. Sus hijos.
MACB. ¡Qué horror: tengo sangre en las manos!
LADY M. Ese espanto es necia aprensión tuya.
MACB. .....Uno reía en sueños; otro gritó: «Asesino.....» Se despertaron; me detuve, y escuché tembloroso; pero, murmurando una oración, volvieron á dormirse.
LADY M. No despertaron; eso lo sueñas tú.
MACB. Como si al verme vieran al verdugo, gritó uno: «¡Dios me asista!» Y el otro dijo: «Amén.»
LADY M. Desecha esas quimeras.
MACB. Pero ¿por qué no pude contestar amén? Yo, más que nadie, necesito que Dios me asista; y, sin embargo, *aquí, en la garganta*, quedó el amén clavado.
LADY M. Si dejamos á nuestros pensamientos tomar ese camino, acabaremos locos.
MACB. Y en mis oídos tronó una voz diciendo: «No dormirás ya más; Mácbeth ha asesinado al sueño.....» Al inocente sueño, que con enmarañadas hebras de penas y cuidados teje en la noche reparador descanso; al sueño, que atempera la sangre enardecida en la diaria lucha; al sueño, bálsamo de las llagas que el dolor abre, dulcísimo alimento del festín de la vida.
LADY M. Basta; ¿qué estás diciendo? ¡No delires!
MACB. Yo lo oí, yo lo oí. ¿Y tú, no lo oyes ahora mismo?
LADY M. Calla, calla.
MACB. Oyelo: «Glamis, Glamis, di adiós al sueño que asesinaste.....» «Cáudor, jamás se cerrarán tus ojos.....» «Mácbeth, no probarás el sueño.»
LADY M. (*Sacudiéndole.*) Pero ¿quién grita así?
MACB. ¿Qué sé yo?..... Dios....., los ángeles....., el infierno, la noche..... Y ahora, ¿no oyes?..... bóvedas, muros y almenas del castillo, están gritando: «No dormirás.»
LADY M. Noble Mácbeth, no consientas que flaquezas del ánimo pasen á ser enfermedad del juicio. Anda, lávate, y líbrate de ese odioso testigo que llevas en las manos. (*Con gran extrañeza y sobresalto.*) Pero ¿te has traído la daga? Corre, vuelve á dejarla allá dentro, y mancha con sangre á los guardias.
MACB. ¡Allí!..... No, no; me aterra el recuerdo de aquello..... ¿Entrar, mirarle?..... No me atrevo, no puedo.
LADY M. ¡Ah, corazón raquítico! (*Quitándole el puñal.*) Tráela,

yo iré. Los que el sueño ó la muerte aduermen, son como monigotes pintados en un lienzo. Pareces un chiquillo que se asusta de una estampa del diablo. Si aun chorrean sangre las heridas de Duncan, yo mancharé á los guardias. (*Entra lady Mácbeth en el pabellón.*)

MACB. ¿Qué es esto?..... ¿Qué me pasa, que cualquier ruido hace correr el terror por mis venas? (*Retrocediendo y agitando las manos, como para apartar algo.*) ¿Qué manos son esas?..... Quitad, quitad, no me arranquéis los ojos..... (*Mirándose las manos.*) Ven, Océano; trae un mar de agua que me lave estas manchas; mas no, al tocarme, se volvería rojo el azul de tus olas.

LADY M. (*Saliendo y enseñándole las manos á Mácbeth.*) Mira, ya están mis manos del color de las tuyas; pero no me avergüenzo de un corazón tan flojo. (*Llaman á la puerta de la muralla.*) Llaman á la puerta del Mediodía. Vamos, vamos adentro. Un poco de agua nos dejará limpios: ya ves qué cosa tan sencilla. Pero ¿es que ha muerto tu fortaleza?..... Corre á quitarte esas ropas (*Pugna por arrastrar á Mácbeth, atontado*), para que, si nos llaman, no conozcan que estábamos en vela. Vamos, vamos, y sacude esos cobardes pensamientos.

MACB. Tú conoces mi crimen. ¡Ojalá pudiera yo ignorarlo! (*Vuelven á llamar.*) Duncan, despierta: ¿no oyes que te llaman?..... ¡Despertar, despertar!..... ¡Ah, quién pudiera despertarte! (*Lady Mácbeth, tirando de él, se lo lleva por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII

Un PORTERO, MACDUF *y* LENNOX

PORT. (*Saliendo por la izquierda, de detrás del pabellón de Duncan.*) Sí, por aquí llaman. (*Nuevos golpes.*) Llama, hijo, llama. ¡Por vida de Belcebú! No trae poca prisa. Ya voy, ya voy. (*Abre la puerta, dejando paso á Mácduf y Lennox.*)

MCDF. ¿Tan tarde te acostaste, que aún estabas durmiendo? (*Comienza á apuntar un brumoso crepúsculo matutino.*)

PORT. Hasta que por segunda vez cantó el gallo estuvimos de broma, y la bebida es gran provocadora de tres cosas.

LENNOX. ¿Qué tres cosas son esas que especialmente produce la bebida?

PORT. ¡Pardiez! es bien sabido: lenguas sueltas, narices rojas

y sueño. En cuanto á la incontinencia, suele provocar la de la lengua, pero para matarla al punto; enciende los deseos de charlar y entorpece la charla, y por eso es el vino gran burlador de charlatanes; levántales la lengua para ponerla luego estropajosa; la mueve, y en seguida la sujeta; los engaña, haciéndoles creer en fuerza que no tienen, y al fin acaba echándoles la zancadilla, y los deja dormidos junto al vaso, que se queda lleno. Nada, nada, que el vino es un gran fanfarrón.

MACDF. Se me figura que hoy se burla un poquillo de ti.

PORT. Ya lo creo: toda la noche me ha estado cuchicheando embustes en el gañote, y en cuanto el muy granuja vió que me incomodaba, me quitó las piernas, y con ellas á cuestas va corriendo para que no le atrape; pero si no le pillo hoy le pillaré mañana, y en cuanto le eche mano, en castigo, le entierro en mi garguero.

MCDF. ¿Se ha levantado tu amo?..... Pero aquí viene; sin duda con tantos golpes le habremos despertado.

ESCENA VIII

DICHOS *y* MACBETH, *con una túnica sencilla.*

LENNOX. Buenos días, Conde.

MACB. Buenos días, amigos.

MCDF. ¿Se ha levantado el Rey?

MACB. Todavía no.

MCDF. Me ordenó despetarle temprano, y apenas he podido dormir sino una hora.

MACB. Te llevaré á su cámara.

MCDF. No es necesario que te molestes.

MACB. Nunca molesta lo que se hace con gusto. Esta es la puerta. (*Mácduf entra en el pabellón.*)

LENNOX. ¿Se va hoy el Rey?

MACB. Así lo ha dispuesto.

LENNOX. Pero ¿habéis visto qué desenfrenada tormenta?..... En el ala del castillo donde nos alojásteis no queda chimenea que el viento no haya derrumbado. Los más medrosos juran haber oído ayes lastimeros, estridentes gritos de agonía, y atronadoras voces que auguraban proféticas, para cercano plazo, cruentas luchas y calamidades; las aves de rapiña graznaban sin cesar y tal se desataron los elementos, que la tierra parecía estremecerse en febril paroxismo.

MACB. (*Mirando inquieto á la puerta por donde salió Mácduf.*) Verdaderamente, la noche fué horrorosa.

MCDF. (*Despavorido.*) ¡Jesús, Jesús!..... ¡Qué horror!..... No puedo hablar; el espanto va á ahogarme.

LENNOX. ¿Qué te sucede?

MACB. ¿Qué ocurre?

MCDF. Jamás cometió la maldad un crimen tan horrendo: el cuerpo del ungido del Señor ha sido profanado, su vida arrebatada por abominable asesinato.

MACB. ¿Qué dices? ¿Qué vida es esa?

LENNOX. Pero ¿hablas del Rey?

MCDF. Id, id; yo no puedo hablar; entrad en su cámara, vedlo con vuestros ojos. (*Salen corriendo Mácbeth y Lennox.*)

ESCENA IX

MACDUF, *y después los personajes que sucesivamente se indican.*

MCDF. ¡Arriba, arriba! ¡Despertad! A rebato la campana de alarma. (*Corre de un lado á otro y repica la campana con violencia.*) Donnalbain, Malcolm, Banquo, arriba; sacudid el sueño, imagen de la muerte, para mirar aquí la verdadera muerte cara á cara.

LADY M. (*Por la derecha, en bata de noche.*) ¿Qué sucede, que con tal sobresalto nos despiertas? (*Además de los personajes que se van citando, llega servidumbre de ambos sexos.*)

MCDF. No lo queráis saber, señora; para oir esto es preciso tener el corazón de hierro, y vos, débil mujer, no podríais soportar mis palabras. (*Entra Banquo por la izquierda.*) ¡Ay, Banquo, Banquo, nuestro Real Señor yace asesinado!

LADY M. ¡Dios mío, Dios mío! ¡El Rey asesinado, y en mi casa!

BANQ. Aquí ó en cualquier parte, fuera igualmente horrible. Mácduf, ¡por la sangre de Cristo!, dime que te equivocas.

MACB. (*Entra seguido de Lennox.*) ¡Cuán feliz habría sido mi existencia si se hubiera acabado hace una hora!..... ¿Que importa ya la muerte si, muertas la bondad y la justicia, sólo puede segar en este mundo vidas indignas de llorarlas?..... ¡Pobre Escocia, que morirás con Duncan, sólo el recuerdo de tu Rey te queda para envanecerte! (*Llegan Malcolm y Donnalbain.*)

DONN. ¿Qué pasa?

MACB. ¡Cómo! ¿Puedes aún ignorarlo? (*Queriendo hacer recaer en ellos las sospechas, por no atreverse aún á acusarlos francamente.*) El trono de tu raza ha sido derrumbado

á tierra vino la cabeza de tu dinastía; la fuente de tu sangre está agotada.

MCDF. Señor, vuestro Real padre ha sido asesinado.

DONN. (*Estupor.*) ¡Asesinado!

MALC. Pero ¿por quién? ¿Quién es el asesino?

LENNOX. Al parecer, los gentileshombres que guardaban su sueño.

MALC. ¿Ellos? ¡Imposible!

MACB. Sus caras y sus manos ensangrentadas, las dagas aun no enjutas y olvidadas sobre el lecho del Rey, y el estupor de su mirada, son pruebas evidentes de su crimen.

LENNOX. Bastaba verlos para comprender que no eran leales.

MACB. Bien me pesa ahora de haberles dado muerte en mi arrebato.

MALC. ¡Cómo! (*Estupefacción.*)

MCDF. (*Con gran violencia y asombro, sospechando ya de Mácbeth.*) Pero ¿los has matado?..... ¿Por qué, por qué has hecho eso?

MACB. ¿Quién es el hombre que en el mismo instante puede hallarse tranquilo y aterrado, ser á la par calmoso é iracundo, indiferente y leal?..... Entré, vi á Duncan acostado, con la plateada barba convertida en sangrienta madeja enmarañada, y el pecho destrozado por enormes heridas, cual horribles portones de par en par abiertos á la muerte. Al lado sus verdugos, con la huella del crimen chorreándoles de manos, ropas y armas..... ¿Quién podría aplazar la explosión de la ira hasta escuchar al reflexivo juicio?..... Sólo el que no tuviera corazón para amar al Rey, ni en él valor para demostrar ese cariño, que acaso sea causa muy pronto de la desgracia de quien se atreva á publicarlo (*Marcada mirada de desconfianza á los hijos de Duncan*).

MALC. (*A Donnalbain, que le contiene.*) ¿Oyes eso?

MACB. Sólo el cobarde que se asuste de proclamar su odio al asesino.

MALC. (*A Donnalbain.*) ¿No ves que esas palabras van contra nosotros? ¿Por qué callamos?

DONN. (*A Malcolm.*) Mientras nos cerquen esos muros, lazo donde nos ha cogido, una palabra, un ademán puede perdernos. En tanto, perdona, padre: si las lágrimas no enturbian nuestros ojos, es porque escaldan el corazón, en donde van cayendo.

MALC. Ya, ya saldrán cuando, sin ser estorbo á nuestra salvación, pueda el dolor mostrarse.

LADY M. ¡Ay, Dios mío, me muero!

MCDF. Atended á lady Mácbeth.

BANQ. Llevadla á sus habitaciones. (*Dos camareros la sostienen, y se la llevan con un síncope.*)

LADY M. ¡Ay!

BANQ. Lo que ahora urge es celebrar consejo, procurando ver claro en las causas del crimen; mas comencemos fortaleciendo el ánimo y desechando los temores y escrúpulos que ahora nos perturban: por mi parte, juro oponerme al oculto designio que al traidor haya movido.

MCDF. Y yo también.

TODOS. Y yo, y yo.

MACB. Sin perder tiempo, juntémonos en el salón y pongámonos á ello.

TODOS. Sí, sí, en seguida.

(*Salen todos, menos Malcolm y Donnalbain.*)

ESCENA X

MALCOLM *y* DONNALBAIN

MALC. (*Deteniendo á Donnalbain.*) ¿Qué vas á hacer?..... Nuestra aflicción no puede unirse á su hipocresía. ¡Cuán fácil es, á corazones desleales, alardear de no sentir pena! Yo huyo á Inglaterra.

DONN. Y yo á Irlanda. Separados nos ha de ser más fácil defendernos; pero no olvides que las sonrisas encubren asesinos, y que quien tenga nuestra misma sangre estará más tentado á mancharse con ella.

MALC. Sólo escapando podremos evitar la muerte; aun en el aire vibra el acero que mató á nuestro padre. A caballo, á caballo, y huyamos á escondidas, que cuando faltan compasión y lealtad á que ampararse, no es mengua huir furtivamente.

(*Salen corriendo. Cuando han desaparecido, entran por la puerta del foro Ross y un anciano escudero.*)

ESCENA XI

ROSS *y* UN ANCIANO

ROSS. Con qué horrible desgracia me encuentro á mi llegada. ¡Infeliz Duncan!

ANC. Grandes cosas y tiempos muy aciagos han visto estos ojos; pero entre setenta años de recuerdos ninguno tan espantoso como el de esta noche.

ROSS. ¿No veis, buen viejo? Parece que el cielo, indignado con el cruento crimen, amenaza á los hombres; á estas horas, que debiera estar claro, el sol se oculta en densa obscuridad. ¿Es que la noche puede más que sus rayos?

¿Es que el día esconde en sombras su rubor? ¿O será que, avergonzado el mundo, se arrebuja en tinieblas cuando debiera recibir los besos de luz resplandeciente?

ANC. Ningún suceso va ahora por su camino acostumbrado: el martes mismo, un tímido mochuelo mató á un soberbio halcón.

ROSS. Y me han dicho que los hermosos y ligeros caballos de Duncan, modelos en su raza, se tornan montaraces, y sacudiendo la obediencia al hombre, rompen los frenos y escapan de la cuadra.

ANC. ¡Y dicen que unos á otros se devoran!

ROSS. Aunque asombroso, eso aseguran.

ESCENA XII

Dichos *y* MACDUF, *pensativo y receloso en toda la escena.*

ROSS. ¿Qué hay de nuevo? ¿De dónde vienes, buen Mácduf?

MCDF. Del consejo.

ROSS. ¿Han descubierto al asesino?

MCDF. (*Con incredulidad mal disimulada.*) Dicen que fueron los que mató Mácbeth.

ROSS. ¿Los que mató Mácbeth? Pero ¿á quién ha matado?

MCDF. A los gentiles hombres del Rey.

ROSS. ¿Ellos?..... ¿Y qué interés pudo moverles?

MCDF. Como al reunirnos en Consejo faltaron á él los hijos de Duncan, y al buscarlos se ha visto que acaban de escaparse, esto los hace sospechosos. Alguien supone que ellos fueron los instigadores. (*Como quien no lo cree.*)

ROSS. ¡Parricidas! ¡Malvados! (*Intención reprimida de Mácduf de protestar*). ¡Maldita sea la insaciable ambición, que no vacila en derramar la propia sangre!..... Entonces el cetro recaerá en Mácbeth.

MCDF. Ya le han proclamado, y partirá en seguida á Esconia á coronarse.

ROSS. ¿Y el cadáver de Duncan?

MCDF. Lo llevan á enterrar á Colmekill en el panteón de sus antepasados.

ROSS. Tú, primo, irás á Esconia.

MCDF. (*Hosco.*) No, vuelvo á Faife.

ROSS. Pues yo prefiero quedarme, para ir á ver la coronación.

MCDF. ¡Ojalá sea para bien! Mas sospecho que con la ropa nueva no hemos de ir tan á gusto como con la vieja. Adiós.

ROSS. Guárdeos Dios, buen anciano.

ANC. La bendición del cielo vaya con vuestras mercedes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración: Palacio de Fores (el mismo telón del primer acto).

ESCENA PRIMERA

BANQUO, *solo.*

BANQ. (*Muy pensativo.*) Llegaste al fin de tu ambicioso sueño..... ¡Señor de Glamis!, ¡Conde de Cáudor!, ¡Rey!..... Nada te falta; mas jurara que supiste ayudarte con la traición y el crimen..... Pero otro vaticinio aseguraba que ese cetro no quedará en tu descendencia; que tu corona ceñirá las sienes de muchos reyes de mi estirpe..... Si el albor del presagio se trocó para ti en día esplendoroso de verdades, ¿por qué no ha de encumbrarse mi esperanza donde no la deslumbre el brillo de mi horóscopo? Aquí viene. Que no adivine lo que pienso.

ESCENA II

DICHO, MÁCBETH, LADY MÁCBETH *y séquito. El y ella en traje real de ceremonia, precedidos de heraldos y seguidos de pajes y damas.*

MACB. Aquí tenemos á nuestro principal invitado.

LADY M. A no concurrir él, diría yo que se aguaba la fiesta.

MACB. (*A Banquo.*) Celebramos esta noche un banquete, y deseo que á él asistas.

BANQ. Con nudo estrecho úneme á V. A. indisoluble lazo, y para mí sus deseos son órdenes.

MACB. ¿Vas á salir á caballo esta tarde?

BANQ. Sí; á menos que V. A. no disponga lo contrario.

MACB. Desearía que en el Consejo de hoy no nos faltara tu parecer sesudo y atinado; pero mañana lo oiremos.—Y ¿piensas ir muy lejos?

BANQ. Lo que la tarde dé de sí, habiendo de volver para la cena: si mi caballo anduviera remolón, tomaría una ó dos horas prestadas á la noche.

MACB. Cuidado, no faltes al banquete.

BANQ. Señor, os lo prometo.

MACB. (*En general.*) He sabido que en Inglaterra y en Irlanda, donde se han refugiado mis parricidas primos, corren absurdos rumores, que ellos propalan para negar su crimen. Pero dejemos esto, pues mañana, juntamente con otros asuntos del Estado, de ello trataremos en Consejo. (*A Banquo.*) No te detengo más. Hasta la noche. ¿Te acompaña Fleancio?

BANQ. Sí; precisamente para esta hora le he citado.

MACB. Os deseo caballos ligeros y seguros, y feliz vuelta. (*Sale Banquo. Mácbeth se dirige á su acompañamiento.*) Señores, para que después me proporcione vuestra llegada mayor placer, quiero ahora estar solo, dejándoos libres hasta la hora de la cena.

LADY M. (*Que se habrá sentado en un lado del escenario, á su servidumbre.*) Podéis retiraros. (*Se retiran todos, menos Mácbeth y su esposa. Él se dirige á la otra parte de la escena meditabundo, cual si estuviera solo, sin hacer alto en la presencia de lady Mácbeth.*)

ESCENA III

MÁCBETH *y* LADY MÁCBETH.

MACB. ¿Qué vale el trono sin sosiego?

LADY M. Mácbeth..... (*Para sí, al ver que no le contesta.*) Nada tiene, y consume sus fuerzas en estéril brega, el que con la satisfacción de sus deseos no logra la alegría.

MACB. No, no son infundados mis temores: júntanse en Banquo altivez soberana, voluntad inflexible, ánimo impávido y sagaz prudencia, que empleará su osadía sin exponerle á riesgos.

LADY M. (*Mirando á Mácbeth.*) ¡Siempre lo mismo! Preferibles son los dolores de la víctima á los amargos goces del verdugo. (*Se levanta y se aproxima á él, que se sobresalta.*) Esposo mío, ¿por qué, esquivándome, sólo te acompañas de esas tristes quimeras, hijas de pensamientos que debieron desvanecerse con la vida de Duncan?..... Mácbeth, no pienses en lo irremediable: lo hecho no se deshace.

MACB. Es que hemos herido á la hidra, pero no la hemos mata-

do; y adormecidos en estúpida confianza, dejamos renacer su cabeza y crecer los dientes que han de despedazarnos.—No, no; antes que el terror continúe amargando mis comidas; antes que hacer almohada de congojas y espantos, y soportar que crueles pesadillas nos torturen cada noche; antes que repartir la vida entre delirios insensatos y espasmos pavorosos, dislóquense los cielos y la tierra y estalle el universo.—¡Duncan, Duncan, de una vez te hizo la traición cuanto daño podías sufrir! Ya no te inquietan azares de la vida, ni deudos desleales, ni extranjera invasión; contra ti nada pueden el puñal ni el veneno..... ¡Con qué paz duerme el que á la gloria enviamos por nuestra ansia de glorias!

LADY M. Mácbeth, Mácbeth, serénate; suaviza la feroz expresión de tu semblante; recuerda que tus convidados de esta noche deben verte placentero y jovial.

MACB. Lo estaré. Haz tú lo mismo, y no te olvides de alabar calurosamente á Banquo, pues mientras no alejemos los peligros que nos cercan, fuerza es que con careta de adulación servil encubramos nuestro odio.

LADY M. No hables más de eso, no te exaltes.

MACB. ¡Que no hable!..... Pero ¿no sabes que mientras Banquo y Fleancio vivan, mi corazón no late sosegado?..... ¡En mi cerebro anidan víboras, mis pensamientos matan! ¡Y aun están vivos!

LADY M. Creo que la naturaleza no los habrá hecho invulnerables ni inmortales.

MACB. Ese es mi único consuelo..... Regocíjate: antes que el sombrío murciélago y las aves rapaces tiendan su vuelo, antes que el zumbido de los insectos nocturnos turbe el silencio de la noche, todo estará acabado.

LADY M. ¡Acabado!..... ¿El qué?

MACB. Deseo, querida esposa, que, inocente del proyecto, sólo tengas que aplaudirlo una vez realizado..... Desfallece la claridad del día; se adormece el crepúsculo en brazos de la noche; la corneja vuela al umbroso bosque, y las sombras amparan la mano que se alza para romper con rudo golpe el dogal que me ahoga.

LADY M. Mácbeth, es imposible que vivas siempre en esa agitación: más valiera morir y acabar de una vez. ¡Basta, por Dios, basta de delirios!

MACB. No creas que deliro..... ¿Te asombran mis palabras?..... Es que las obras que el mal comienza sólo se consolidan amontonando males.

ESCENA IV

DICHOS.—CRIADO 2.º

CDO. 2.º Señor.....
MACB. ¿Qué quieres, bergante?
CDO. 2.º Ya han venido los que V. A. mandó llamar.
MACB. ¿Dónde están?
CDO. 2.º A la puerta de palacio.
MACB. Tráelos á mi presencia. (*Sale el criado.*)
LADY M. Entonces, hasta luego, y no olvides la hora del banquete.
MACB. (*Acompañándola hasta la salida.*) Hasta luego.

ESCENA V

MÁCBETH

MACB. Sólo á él temo; él es el único en cuya presencia me siento humillado y cohibido..... Cuando las brujas me saludaron con el título de rey, sus proféticas voces le prometieron regia descendencia..... Verdad ó sueño, da lo mismo, porque él lo sabe, ve que he escalado el trono, es ambicioso y..... Su dinastía disfrutará este cetro para mi raza estéril, arrancará á mis hijos la corona infecunda que de prestado ostento..... Si así fuera, por los hijos de Banquo habría manchado mi conciencia asesinando al bondadoso Duncan, levantado rencores en torno de mi vida, perdido para siempre la paz de mi espíritu..... ¡Por hacer reyes de su linaje se sumirá mi alma en los infiernos! ¡¡Reyes los malditos retoños de Banquo!! ¡Jamás! Y si para impedirlo es menester, vengan las parcas á ser mis campeones en esta lucha á muerte. ¿Quién anda ahí? ¡Ah! (*El criado entra seguido de los dos asesinos. Aquél se retirará cuando Mácbeth se lo ordene.*)

ESCENA VI

MÁCBETH *y* ASESINOS 1.º *y* 2.º

MACB. (*Al criado.*) Tú, vete, y aguarda ahí fuera hasta que yo te llame. (*Sale el criado, y Mácbeth se dirige á los asesinos.*) ¿No fué anteayer cuando hablamos?

ASES. 1.º Sí, Alteza.

MACB. Entonces, habréis meditado lo que os dije. Ya os probé que él era quien en otros tiempos os agobiaba con calamidades, de que á mí, inocente de ellas, me hacíais responsable; os hice ver cómo os engañaba, defraudando vuestras esperanzas; quiénes le ayudaron á ello, y todo lo demás que basta y sobra para que al más idiota se le alcance que todo lo hizo Banquo.

ASES. 1.º Bien lo vemos, señor.

MACB. Entonces, vamos derechos al asunto. ¿Os resignáis pacientemente á que todo siga igual?..... ¿Llega vuestra cristiana mansedumbre hasta rezar por él y por su prole, besando la mano que os azota, que intenta consumar vuestra ruina, que os abrirá la sepultura?

ASES. 1.º Somos hombres, señor.

MACB. Sí, mas también son perros los galgos, los mastines y lebreles, lo cual no quita que, según los casos, se estime más al sabueso, al perdiguero ó al de ganado. Lo propio digo de los hombres: los hay valientes, cobardes, nobles, villanos, necios, astutos..... ¿De cuáles sois?..... Ved que si no estáis totalmente degradados, os daré medio con que, librándoos de vuestro enemigo, conquistéis á la vez mi afecto y gratitud; porque sólo su muerte puede darme el sosiego, que no disfrutaré mientras él viva.

ASES. 1.º Tan harto estoy de padecer injusticias y golpes de los hombres, que á todo estoy dispuesto por vengarme de ellos.

ASES. 2.º Y á mí me tiene tan exasperado mi arrastrada suerte, que á cara ó cruz soy capaz de jugarme la vida, con tal de mejorar ó de soltar la carga.

MACB. ¿Estáis, pues, convencidos de que vuestro opresor es Banquo?

ASES. 2.º Sí, Alteza.

MACB. También lo es mío; y tanto, que en cada minuto de su vida veo una amenaza á cuanto me es más caro.—Aun cuando con un acto de mi poder soberano puedo, sin recatarme, barrerle de este mundo, no me conviene hacerlo para no enajenarme voluntades de amigos, que lo son suyos á la par que míos; antes bien, públicamente lloraré su muerte, que en secreto provoco.—Así que á vuestra ayuda quedaré reconocido, pero entended que muchas y poderosas razones imponen absoluto sigilo.

ASES. 1.º Es nuestra obligación ejecutar cuanto ordene V. A.

ASES. 2.º Aun cuando pereciéramos.....

MACB. No os esforcéis; veo la decisión en vuestros ojos. Dentro de una hora os apostaréis á la entrada del parque de

palacio; por allí llegará, y allí daréis el golpe; pero os advierto que exijo una prueba palpable de su muerte. Fleancio, que le acompaña, me estorba tanto como él; así que, puestos á la obra, hacedla de una vez, sin dejar para luego echar remiendos, y corra el hijo la suerte de su padre.

ASES. 1.º Señor, en eso, como en todo, seréis obedecido.

MACB. Pues adiós. ¡Ah! Necesito saber el resultado sin pérdida de tiempo.

ASES. 2.º Lo sabrá V. A. (*A un ademán de Macbeth, se retiran por un lado.*)

MACB. (*Saliendo por el opuesto.*) ¡Ah, Banquo! Si has de ver el cielo, lo verás hoy.

MUTACIÓN

Otro salón de palacio. A la izquierda, en un tablado alto, dos sillones debajo de un dosel, y mesa con servicio para comer una sola persona; en el centro, y casi en último término, otra grande para los invitados al banquete. A la derecha, cercana al proscenio, una puerta, y otra al foro.

ESCENA VII

ROSS, LENNOX, MENTEITH, CAITHNESS, NOBLE 1.º, NOBLE 2.º *y cortesanos, después* ANGUSS.

(*Entran en grupos y forman corrillos, mirándose unos á otros con desconfianza.*)

LENNOX. (*Departiendo con Menteith, entra y va á colocarse á la derecha del proscenio.*) Veo que mis palabras responden á tus propios pensamientos, y que opinas, cual yo, que cuanto ocurre es muy extraordinario.

MENT. (*Sarcásticamente.*) No: ¿acaso hallas extraño que Mácbeth demostrara dolor tan extremoso por la muerte de Duncan?

LENNOX. No: muerto no le estorbaba.

(*Entran Ross y Caithness, dirigiéndose á la izquierda.*)

ROSS. Cuidado; no hables alto, que por solturas de la lengua y por rehusar su asistencia á esta fiesta, anda perseguido Mácduf.

CAIT. De buena gana habría yo también rehusado el convite.

ROSS. La mitad, cuando menos, de los que á él concurrimos, haríamos lo mismo. Pero, paciencia: tiempo vendrá de arrojar las caretas.

CAITH. ¡Chist! Estamos rodeados de espías, y alguien se acerca. (*Se aproxima el Noble* 1.º)

ROSS. Es amigo.

NOB. 1.º Ross, ¿es cierto que ha huído Mácduf?

ROSS. Sí.

NOB. 1.º Y ¿sabes adónde?

ROSS. (*Mirando á derecha é izquierda y bajando la voz.*) El hijo de Duncan, cuyo trono detenta Mácbeth, fué cordialmente acogido en Inglaterra por el piadoso Eduardo.

(*En el otro grupo.*)

LENNOX. ¿Cómo no había de espantarse Mácbeth de tan execrable crimen? ¡Asesinar á un padre! Y un padre como aquél!

MENT. Bien se explica su desesperación.

LENNOX. Y que, cegado por la ira, sumiera en sueño eterno á los pícaros guardias aletargados por la embriaguez. No negarás que fué una noble hazaña.

MENT. Y prudente también.

LENNOX. Ya lo creo: muertos, no había cuidado que negaran su crimen, ni para qué buscar otro asesino.

(*En el otro grupo.*)

CAITH. En aquella corte disfruta Malcolm de un respeto que ni la desgracia ni la calumnia merman.

NOB. 2.º (*Acercándose cautelosamente á Lennox y Caithness.*) ¿De qué se charla, amigos?

LENNOX. (*Fríamente y desconfiado.*) De caza y de caballos. (*Después de hacer que hablan breves momentos, durante la conversación del otro grupo, Lennox y Menteith se separan del Noble* 2.º, *echando cada uno por un lado.*)

ROSS. Allá va Mácduf á pedir auxilios al santo rey Eduardo para sublevar el Norttumberland, y á su valiente general, el veterano Suardo, que, con la ayuda de Dios, devuelva pan á nuestras bocas, sueño á nuestras noches, y alegría á nuestras fiestas, amenazadas siempre de ser interrumpidas por el puñal de un asesino.

NOB. 2.º (*Que se acerca sin ser visto.*) ¡Qué enfrascados estáis en vuestra conversación!

CAITH. Te equivocas. (*Desconfianza.*)

ROSS. Si tienes interés en escucharla entera, la repetiremos: tal vez mientras andabas rondándonos se te haya escapado alguna palabra. (*Caithness y Noble* 1.º *hacen señas á Ross para que se contenga.*)

NOB. 2.º ¡Yo!..... No supondrás.....

ROSS. ¿Qué he de suponer?

NOB. 2.º No, nada.

ROSS. Entonces..... (*Mirándole altanero.*)

(*El Noble* 2.º *se retira.*)

CAITH. ¡Canalla!

(*Llega precipitadamente Anguss, y, llamados por él, se agrupan en torno suyo Ross, Lennox, Menteith, Caithness y Noble* 1.º)

ANGUSS. Lennox, Caithness: oid.

LENNOX. ¿Qué te pasa?

ANGUSS. ¡Ah, Ross! Ven tú también. (*A todos reunidos.*) ¿No sabéis la desgracia?

ROSS. ¿Otra?

LENNOX. ¿Cuál?

ANGUSS. La de Banquo: acaban de asesinarle; lo he sabido al entrar en palacio.

ROSS. Pero ¿no ha de acabar esto nunca? ¿Es que andan sueltos en Escocia los asesinos del mundo entero?

MENT. Y ¿cómo ha sido?

ANGUSS. Sólo sé que le asaltaron á la entrada del Parque Real.

CAITH. Y ¿han cogido al matador?

ROSS. No seas inocente.

LENNOX. Pero Fleancio le acompañaba: él dirá..... ¿Ó le han matado también?

ANGUSS. No; ha escapado.

ROSS. Entonces, ya sabe Mácbeth quién es el asesino: de seguro, Fleancio. ¡Que imprudencia de Banquo, pasearse á tales horas con su hijo! Como si no supiéramos que lo corriente ahora es que los hijos degüellen á sus padres.

NOB. 1.º Calla, Ross; nos observan; debemos separarnos.

(*Echan hacia una parte Ross, Lennox y Menteith, y hacia la opuesta Anguss, Caithness y Noble* 1.º)

ANGUSS. Quiera Dios traernos pronto á Malcolm, para que, sacudiendo el yugo que nos oprime, acabe el disimulo que, por lo parecido á vil adulación, nos está deshonrando.

CAITH. Óigate el cielo, y llegue el día en que el Trono no premie con honores la maldad y la vileza.

NOB. 1.º Y en que sólo rindamos homenaje á quien tenga á él derecho.

ROSS. (*En el otro corro.*) Si, lo que el cielo no permita, Malcolm, Donnalbain y Fleancio, caen en manos de Mácbeth, ya verán ellos lo que cuesta matar á un padre.

(*Se presenta en la puerta un heraldo precediendo á Mácbeth y lady Mácbeth, á quienes siguen damas y pajes, que se colocarán junto al dosel.*)

ESCENA VIII

DICHOS, MÁCBETH, LADY MÁCBETH, *acompañamiento, y después* ASESINO 1.º *y el espectro de* BANQUO

HERAL. Señores, el Rey.
(*Mácbeth conduce á lady Mácbeth al trono, quedando él entre el tablado y los nobles, agrupados delante de la mesa y á la parte opuesta.*)

MACB. Bienvenidos seáis desde el más alto al más bajo.

VARIOS. Gracias, señor.

MACB. Pues sabéis vuestros rangos respectivos, tomad puesto en la mesa. (*Con un ademán les invita á sentarse. Los nobles toman puesto alrededor de la mesa, pero sin sentarse.*) Para gozar de vuestra compañía dejo hoy á un lado la etiqueta, sentándome entre vosotros. Sólo la Reina no depone su rango; mas ya le pediremos á los postres que, dejando por un momento el trono, honre nuestra mesa.

LADY M. Señor, decid á esos amigos que cordialmente les doy la bienvenida.

MACB. Tu bienvenida se encuentra en el camino con las gracias que de corazón te envían ellos. (*Separando de la mesa un taburete en el extremo de ella más cercano al trono.*) Tanto tiene un lado como otro. (*Hace intención de sentarse; pero al ver que en la puerta de la derecha se presenta el asesino, muda de propósito.*) Amigos, derrochad la alegría. En seguida comenzaremos con un brindis general. Sentaos. (*Los nobles no se deciden á hacerlo.*) Soy con vosotros ahora mismo; pero sentaos. (*Toman asiento; Mácbeth se dirige al asesino; los nobles cuchichean, dirigiendo miradas á Mácbeth y su interlocutor. Lady Mácbeth, mientras conversa con sus damas, hará lo propio, demostrando impaciencia.*)

MACB. (*Al asesino.*) Tienes sangre en la cara.

ASES. 1.º Es de Banquo.

MACB. Entonces, mejor está en tu cara que en sus venas.

ASES. 1.º Señor, se hizo lo que se pudo: le corté el pescuezo.

MACB. Gran degollador eres, sin amenguar el mérito del que á Fleancio haya hecho igual favor..... A no haber sido tú también, pues entonces habré de proclamarte primer cortapescuezos de mi reino.

ASES. 1.º Alteza, se nos escapó el hijo.

MACB. Entonces, aun dura mi congoja; hoy podría sentirme libre como el aire, duro como el mármol, firme como una roca; pero viviendo él tengo prisionero el pensamiento, el alma esclava de temores, la voluntad amarrada con dudas y recelos..... Pero ¿Banquo.....

ASES. 1.° En el fondo de una zanja, con veinte tajos en la cabeza, de los que el menor basta para matar á un toro.

MACB. ¡Gracias, gracias!..... Cayó la víbora, pero escapó el viborezno..... Y si aun no tiene dientes, ya le irán apuntando. Vete, y vuelve mañana, pues tenemos que hablar. (*Se vuelve hacia la mesa.*)

LADY M. Mácbeth, alegra el banquete; anima á tus invitados con tu jovialidad. La alegría es la salsa de estas fiestas, y si les falta, pensarán que más valiera quedarse á cenar en sus casas.

MACB. Querida y dulce consejera mía, la mejor salsa es el apetito, engendrador de buenas digestiones; y éstas y aquél procuran la salud. (*Acércase al sitio antes elegido.*) Para tener hoy reunida la flor del reino sólo nos falta el muy ilustre Banquo, á quien prefiero suponer de indiferente, antes que lamentar que algún percance sea causa de su ausencia. (*Impresión en los invitados, que ya saben la muerte de Banquo.*)

Por la puerta de la derecha entra el espectro de Banquo. Mácbeth retrocede al verle avanzar y sentarse en el taburete donde él iba á hacerlo. El espectro, ficción del delirio de Mácbeth, sólo es visible para él y el público.

NOB. 2.° (*Levantándose.*) ¿No quiere honrarnos V. A. sentándose?

MACB. Está ocupada toda la mesa.

CAITH. (*Levantándose.*) Aquí tiene V. A. reservado un sitio.

MACB. ¿Dónde?

CAITH. Aquí. ¿Qué os sucede, señor?

MACB. (*Colérico, señalando al espectro.*) ¿Quién ha puesto ahí eso? ¿Qué significa esta comedia? ¿Quién se ha atrevido.....

CAITH. ¿A qué, señor?

(*Se levanta el espectro, dando frente á Mácbeth: tendrá una herida en la frente.*)

MACB. No, no; no he sido yo..... Tú no puedes decirlo; tú no lo sabes..... (*Retrocede hasta el tablado donde se halla su esposa, extendiendo los brazos y agitando las manos. Lady Mácbeth, hasta aquí intranquila, se levanta. Queda á la discreción de la actriz el gesto y actitud en los difíciles momentos en que no habla.*) Aparta de mi vista; no agites tu cabeza ensangrentada.

CAITH. Señores, levantaos; S. A. se pone enfermo.

(*Se levantan todos.*)

LADY M. No os mováis, no os mováis. Son ligeros accesos que desde joven padece el Rey. En un momento se repondrá; pero no le miréis, pues eso le exacerba..... Seguid, seguid comiendo. (*Se sientan los nobles.*) (*A Mácbeth.*) ¿Y eres tú un hombre?

MACB. No, mucho más, cuando miro cara á cara lo que al mismo demonio aterraría.

LADY M. Sí, risibles temores; espantajos movidos por tu cobardía, como el puñal que te guiaba á la alcoba de Duncan..... Y esos desplantes y arrogancias, disfraces de tu miedo..... ¡Qué vergüenza! Buen cuento para asustar chiquillos en las noches de invierno..... Pero ¿á qué esos visajes? ¿Cuándo acaba tu espanto? ¿No ves que sólo estás mirando un taburete vacío?

MACB. No, no, ¡por Dios!..... Mira allí, mira. ¿Lo negarás ahora?..... Allí, allí.....; lo veo, lo veo..... (*Al espectro.*) Si puedes moverte, habla..... Si el osario vomita los huesos, y los gusanos rechazan la carne que les echamos, habrá que hacer sepultureros á los buitres, y de sus buches tumba de los muertos.

(*Húndese el espectro.*)

LADY M. Pero ¿sigues aún acobardado con esos desvaríos?

MACB. Lo he visto, lo he visto.

LADY M. Calla. ¡Qué vergüenza!

MACB. Pero ¿es que hasta hoy no se ha vertido sangre?..... A torrentes corría en las remotas épocas, en que aun los hombres no habían puesto freno á la crueldad y á la barbarie; en todo tiempo se han perpetrado asesinatos tan horrendos como la mente pueda concebirlos; pero hasta hoy, cuando á un hombre se le rompía el cráneo, allí acababa todo; y ahora, los muertos con la cabeza destrozada á cuchilladas, dejan sus tumbas para arrojarnos de nuestros sitiales..... ¡Esto es más horrible que el mismo asesinato!

LADY M. Señor, estos nobles amigos echan de menos vuestra compañía.

MACB. ¡Ah!..... Me había olvidado de ellos. Señores, no os preocupe mi extraña enfermedad, sin importancia para los que ya la conocen. Brindemos á la salud y buena amistad de todos. Después me sentaré. ¡Sentarme ahí!..... Echadme vino.....; más, más, que rebose el vaso..... Bebed conmigo por la alegría de todos y por la de mi querido Banquo, cuya falta..... (*Levanta el vaso, y al ver que del suelo surge el espectro, lo deja caer y retrocede.*) ¡Atrás, afuera!..... No quiero verte..... Que la tierra te trague..... Tus huesos son polvo, tu sangre hielo, el brillo de tu mirada, fuego fatuo salido de la tumba..... Cierra los ojos, ciérralos; los ojos de los muertos ya no miran.

LADY M. Nobles lores, no supongáis sea esto sino un mero ataque en el Rey frecuente.

MACB. Me arrojo á cuanto se atreva un hombre; sóbrame ánimo

para pelear con un tigre de Hircania, con el feroz oso polar, con los leones del desierto: vuelve á la vida, y ven en cualquier forma menos en esa de aterrador espectro ó sombra vana; y si en lucha contigo, hierro á hierro y pecho á pecho, no late acompasado mi firme corazón, di que la sangre de Mácbeth sólo vale para ruborizar doncellas..... ¡Afuera, afuera, fantasma pavoroso, mentirosa visión! (*Se hunde el espectro.*) Se fué..... Otra vez me siento hombre. Sentaos, sentaos, caballeros.

LADY M. Tus absurdas alucinaciones han ahuyentado la alegría, trastornando la fiesta.

MACB. ¿Y cómo no espantarse de sobrenaturales hechos que nos agobian cual nube tempestuosa?..... Me maravilla que cuando yo, con espíritu esforzado, palidezco de espanto, podáis vosotros contemplar tan medrosa aparición sin que se altere el color de vuestros rostros.

ROSS. ¿Qué aparición, señor?

LADY M. No le habléis; le empeoran y exasperan las preguntas. Adiós, señores. (*Se levantan todos.*) Salid de una vez, sin guardar etiqueta.

NOB. 2.° Dios mejore á S. M. y le dé buena noche.

LADY M. Buenas noches, señores.

(*Salen apresuradamente invitados y servidumbre.*)

ESCENA IX

MÁCBETH *y* LADY MÁCBETH.

MACB. Habrá sangre: los árboles, las piedras, removidas de su asiento, gritan: «Sangre, sangre.» Amasé con ella los sucesos pasados, y sangre chorrearán los venideros. Fatídicos augurios anticipan al mundo la noticia de los crímenes que los hombres meditan sigilosamente. Oye, oye cómo cornejas, buhos y lechuzas van divulgando los nuestros.

LADY M. Mácbeth, Mácbeth, vuelve en ti; vas á acabar demente.

MACB. ¿Cuándo, cuándo acabará esta horrible noche? (*Brusca transición.*) Oye, Mácduf se niega á obedecerme.

LADY M. ¿Cómo lo sabes?

MACB. Porque en toda Escocia no hay un magnate en cuya casa no tenga yo un criado sobornado.

LADY M. Pero ¿le enviaste orden de venir á la cena de esta noche?

MACB. Sí: despaché un emisario á Faife. ¿Y sabes la contestación que me ha traído?

LADY M. ¿Cuál?

MACB. Que al recibir el mensaje volvió Mácduf la espalda, contestando: «Di á tu amo que no quiero.»

LADY M. ¡Insolente! ¿Y has de dejarle sin castigo?

MACB. ¡Sin castigo! Con lágrimas de sangre llorará esa respuesta. Ha de aterrar al mundo mi venganza.

LADY M. Cuidado: la crueldad, llevada á la demencia, puede abrir á nuestros pies un precipicio

MACB. Para retroceder es tarde; tan enfangado en sangre está el camino que dejo tras de mí, que prefiero llegar al fin, aun cuando sea preciso derramar tanta que me ahogue.

LADY M. Basta, Mácbeth. ¡Por Dios, serénate! Estás al borde de la locura.

MACB. ¡Detenerme!..... La quietud es remordimiento, tortura, muerte; la acción vida. Lucharé; ceda todo ante mí; hora es ya de que mis vigorosos pensamientos bajen sin detenerse á convertirse en obras de las manos.

LADY M. Vente, vente á dormir: te falta el sueño, que es el reposo y la tranquilidad del alma.

MACB. Sí, sí, á dormir. Estos terrores de novicios en el crimen desaparecerán con la costumbre de verter sangre; pero es un duro oficio el de verdugo: cuesta trabajo acostumbrarse á él. A dormir. ¡Dormir, dormir!..... ¿Cómo, si ya no hay sueño?..... ¿No te acuerdas? lo asesiné cuando dí muerte á Duncan.

LADY M. ¡Jesús! ¡Misericordia! ¡Mácbeth, Mácbeth, por la vida de tus hijos; por tu razón, que al escapársete, quiere arrastrar también la mía; cálmate, óyeme!

MACB. ¡Deja, suelta, no puedo detenerme; ahora mismo he de ver á las brujas!

LADY M. No delires: esas brujas fueron un sueño.

MACB. ¡Mientes, mientes, yo soy rey de verdad; mi corona no es un sueño!..... Suelta; me voy.

LADY M. ¿Adónde, desdichado?

MACB. A buscarlas: tú verás como yo las encuentro. Quiero que me revelen cuanto sepan, que me descubran el arcano de mi vida futura; aun cuando el conocerlo me matara.

LADY M. Detente, aguarda. (*Forcejean.*)

MACB. ¡Suéltame!

LADY M. ¡No, no!

MACB. ¡Sí!

LADY M. ¡No!

MACB. ¡Aparta! (*Con un violento empujón se libra de ella y sale corriendo por la derecha.*)

LADY M. ¡Insensato!..... ¡Ya somos reyes! (*Alzando los brazos al cielo.*) Míranos, Duncan.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Paisaje selvático cerrado al foro por grandes peñascos.—Obscuridad casi absoluta al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

MÁCBETH *y las* BRUJAS

(*Entra Mácbeth con todo el aspecto de un enajenado: esta escena es reflejo del delirio de Mácbeth.*)

MACB. Misteriosas hechiceras, probadme que no sois soñada fantasía de mi mente: yo os evoco, acudid. (*Surgen del suelo una gran caldera, con lumbre debajo, y las tres brujas; se ilumina la escena con luz rojiza emanada de la hoguera.*) Respondedme.

BRUJ. 1.ª Chist, chist.

BRUJ. 2.ª Aguarda.

MACB. Pero.....

BRUJ. 3.ª Si quieres saber lo que deseas, calla mientras hacemos el conjuro.

BRUJ. 1.ª Tres veces maulló el gato listado.

BRUJ. 2.ª Una y tres veces una gimió el erizo.

BRUJ. 3.ª Y las arpías graznan: «Comenzad, que ya es hora.»

BRUJ. 1.ª En torno de la caldera dancemos en corro.

(*Lo hacen. Durante los siguientes parlamentos las brujas se mueven de un lado á otro, como buscando y recogiendo los ingredientes á que aluden, arrojándolos á la caldera y removiendo el líquido de ella con una gran espumadera. Al echar cada cosa saldrán de la caldera llamaradas de diversos colores. De cuando en cuando avivarán la lumbre con una gran horquilla.*)

BRUJ. 3.ª ¡Alacrán, que adormecido bajo la fría piedra, rezumaste veneno abrasador por treinta y una noches, á la calde-

ra, y hierve tú el primero en el mágico filtro emponzoñado!

LAS TRES. (*Bailando.*) ¡Crezca el trabajo, crezca la fatiga, arda el fuego, hierva la caldera!

BRUJ. 1.ª ¡Hiervan el lomo de la culebra rastrera, ojos de lagartija y dedos de rana, pelos de murciélago y lenguas de perro! Hiervan, hiervan.

BRUJ. 3.ª ¡Garras de gavilán, dientes de víbora, uñas de lagarto y alas de lechuza, extraños ingredientes del poderoso encanto, hervid, revueltos, en el maléfico brebaje!

LAS TRES. (*Bailando.*) ¡Crezca el trabajo, crezca la fatiga, arda el fuego, hierva la caldera!

MACB. Oidme, oidme.

BRUJ. 3.ª Si no callas, huiremos.

BRUJ. 2.ª ¡Escamas de dragón, colmillos de lobo, momias de bruja; el gaznate y el buche del feroz tiburón, tigre de los mares, á la caldera!

BRUJ. 3.ª ¡Raíces de cicuta arrancadas en noche sin luna, hígados de sacrílego judío, hiel de cabra, narices de turco y labios de tártaro; dedos de niño nacido en el fondo de un pozo, y al nacer estrangulado por su ramera madre, espesad el grasiento y dañino calducho!

BRUJ. 1.ª Aumentemos su fuerza con entrañas de tigre.

LAS TRES. (*Bailando.*) ¡Crezca el trabajo, crezca la fatiga, arda el fuego, hierva la caldera!

BRUJ. 2.ª Enfriadlo con sangre de mono.

BRUJ. 3.ª (*Llamaradas más grandes que las anteriores.*) Ya está el conjuro terminado. Habla, Mácbeth

MACB. ¿Qué hacéis?

BRUJ. 3.ª Una obra sin nombre.

MACB. Pues, véngaos vuestro saber de dondequiera, respondedme. Aun cuando para contestarme hayáis de desatar los huracanes, que, tronchando espigas, marchiten mieses, abatan árboles, derrumben monumentos, derroquen castillos, desplomen los palacios sobre sus cimientos, hagan rodar las despeñadas torres de los templos, y en las entrañas de espumosas olas suman los navíos; aun cuando os sea preciso trastornar los elementos y volcar en el abismo de la nada todo lo creado, hablad.

BRUJ. 3.ª ¿Qué pretendes saber?

MACB. Todo.

BRUJ. 3.ª ¿Prefieres que te respondamos nosotras, ó quieres oir á los seres superiores á quienes servimos?

MACB. Llamadlos; quiero verlos.

BRUJ. 3.ª Al fuego la sangre de la marrana que devoró sus nueve lechoncillos (*Las otras brujas van echando cosas en la*

caldera.); chisporrotee en las brasas el sudor asqueroso que impregna la cuerda con que se ahorca á los asesinos.

LAS TRES. De lo profundo de la tierra ó de las altas nubes, acudid, genios, y mostrad vuestra ciencia.

(*Rásgase el foro y aparece una descomunal cabeza de guerrero con yelmo; retumba un trueno.*)

MACB. Habla; muéstrame adonde alcanza tu invisible poder.

BRUJ. 3.ª Él penetra tu pensamiento; no le interrogues, y escucha.

APAR. 1.ª Mácbeth, teme á Mácduf, Conde de Faife; guárdate de él.

MACB. Seas quienquiera, gracias por el consejo: en tu boca hablan recelos de mi alma.

APAR. 1.ª Basta, dejadme.

MACB. Escucha una palabra más.

(*Desaparece el guerrero.*)

BRUJ. 3.ª Es inútil, no responde sino cuando le place. He aquí otro genio más poderoso.

(*Trueno. Aparece un niño ensangrentado.*)

APAR. 2.ª Mácbeth, Mácbeth, Mácbeth.

MACB. Con oídos, alma y corazón, te escucho.

APAR. 2.ª Sé impávido, osado y sanguinario; búrlate del poder de los hombres; ninguno dado á luz por mujer podrá dañar á Mácbeth.

(*Trueno. Desaparece la segunda aparición.*)

MACB. Entonces, viva Mácduf, ya no le temo. Mas no; su muerte amarrará al Destino con dobles ligaduras, y aunque el cielo desate sus iras contra mí, podré decir que el miedo miente fingiéndome temores. (*Un niño, con corona en la cabeza y un árbol en la mano, surge de la caldera.*) ¿Quién es ese que parece vástago de reyes, y en su cabeza ostenta el emblema de la soberanía?

LAS TRES. Calla y óyele.

APAR. 3.ª Sé soberbio, fogoso como el león; no te preocupen conspiraciones de agraviados y oprimidos; hasta que la selva de Bírnam suba al asalto del cerro y del castillo de Dunsinania, no será vencido Mácbeth.

(*Se desvanece la aparición.*)

MACB. ¡Jamás, entonces!..... ¿Quién puede remover la selva, desarraigar sus árboles en la tierra clavados?..... Lisonjeros pronósticos, gracias: ni rebelión, ni mano de hombre pueden ofenderme; mas todavía un deseo me agita el corazón; si lo sabéis, decidme: ¿Ocuparán mi solio los hijos de Banquo?

LAS TRES. ¡Insensato, no quieras saber más!

MACB. Todo, todo; y si me ocultáis algo, eterna maldición caiga

sobre vosotras..... (*Se hunde la caldera, quedando todo obscuro; retumba el trueno.*) ¿Por qué se hunde esa caldera; qué significan esos ruidos subterráneos?..... ¿Vivo, duermo, estoy muerto?..... ¿Contemplo realidades ó delirios?

BRUJ. 1.ª Porvenir, entreábrete.

BRUJ. 2.ª Rasgaos, nieblas de lo venidero.

BRUJ. 3.ª Tiempo futuro revela tus secretos; imágenes del mañana deslumbrad sus ojos, martirizad su alma y desvaneceos.

(*Rásgase el foro y desfilan, cuando Mácbeth lo indica, ocho reyes, el último con un espejo en la mano. Síguelos el espectro de Banquo, que se los muestra á Mácbeth.*)

MACB. ¿Quién eres tú?..... Pareces sombra ó reflejo de Banquo .... ¡Abajo esa corona, que me abrasa los ojos!...... Y ese de rubia cabellera es como el primero..... ¡Y otro igual!..... Asquerosas brujas, ¿por qué me enseñáis eso?..... ¿Otro aún? ¡Sáltenseme los ojos!..... ¿Pero esa fila se prolonga hasta la destrucción del mundo?..... ¡Otro!..... ¡Y otro!..... ¡Y el séptimo!..... Basta, basta; ya no quiero ver más..... ¡Maldición!: el octavo me enseña en ese espejo hilera inacabable..... ¿Y qué significan los dos mundos y el triple cetro que algunos llevan?..... ¡Visión odiosa!..... No, no: es realidad: el espectro de Banquo me los muestra sonriéndoles: son sus hijos, ¡sus hijos, que han robado mi trono.....! ¡Quede maldita por los siglos esta hora pavorosa! (*Agita los brazos y cae de bruces; se cierra la abertura del fondo; completa obscuridad, en cuyo seno desaparecen las brujas.*)

ESCENA II

MÁCBETH, *tendido;* LENNOX, CAITHNESS *y soldados que entran con antorchas.*

LENNOX. Sabe Dios dónde habrá ido á parar en su desatinada carrera: iba frenético, vociferando desatinos.

CAITH. En tanto no amanezca no será empresa fácil dar con él. Buen recibimiento nos hará la Reina si volvemos sin hallarlo.

LENNOX. Por aquí vamos bien: mira en el barro, las huellas están frescas y no se interrumpen desde el sitio donde encontramos reventado el caballo. ¡Un hombre en el suelo! (*Tropezando en Mácbeth.*) Alumbrad, alumbrad. (*Los criados acercan las antorchas.*) ¡Es el Rey!

BATH. ¿Estará muerto?
MACB. Apartad, apartad.....
LENNOX. No: respira y habla. Señor, señor.....
MACB. (*Incorporándose.*) ¿Has visto á las hechiceras?
LENNOX. Sigue disparatando.
CAITH. Loco de remate.
MACB. (*Levantándose.*) ¿No me oyes? Estaban aquí mismo. Contesta.
LENNOX. No he visto nada.
MACB. Imposible. Deben de haber pasado por tu lado.
LENNOX. Juro á V. A. que no.
CAITH. Señor, la Reina está intranquila.
MACB. ¡Envenenado sea el aire que las lleva; maldito quien en ellas confía!
LENNOX. Si V. A. quisiera regresar á palacio.....
MACB. ¿Han vuelto ya los emisarios que envié á prender al Conde de Faife?
LENNOX. Sí, Alteza, pero sin él: Mácduf ha huído á Inglaterra.
MACB. (*Paroxismo de ira.*) ¿A Inglaterra?
LENNOX. Sí.
MACB. Los sucesos corren más que yo. Jamás se logran vacilantes propósitos cuando la ejecución se aplaza: desde hoy juntos irán impulsos del deseo y actos de la voluntad, pensamientos y obras, proyectos y hechos..... Basta de visiones; basta de huecas jactancias, que enfrían la decisión. Ahora mismo á palacio y desde allí á sorprender el castillo de Faife: caerán al filo de la espada su esposa é hijos, y degollando á cuantos tengan una gota de su sangre, borraré en el mundo el rastro del traidor.
(*Echa á correr seguido de los demás.*)

MUTACIÓN

Jardín del palacio Real de Inglaterra.

ESCENA III

MALCOLM *y* MÁCDUF

MALC. Ya no nos queda sino buscar algún rincón donde llorar las desdichas de Escocia.
MCDF. No, sino empuñar la espada para cortar el yugo que la oprime y envilece. Cada día trae nuevos crímenes que

son insulto al cielo; viudas y huérfanos lloran con lastimeros gemidos á que el país responde con un aullido de impotente rabia.

MALC. Si me ayudan tiempo y fortuna remediaré de esas desdichas las que crea; pero yo apenas si aun lo que veo creo. Cierto será lo que dices, mas la desgracia me ha hecho cauto; y como en otros tiempos amabas y tenías por honrado al tirano cuyo nombre me quema los labios; como no te ha hecho daño, y tienen muchos por prudencia sacrificar corderos inocentes á coléricos dioses, acaso te convenga servirle á costa mía.

MCDF. No han nacido traidores de mi raza.

MALC. Pero la de Mácbeth es de villanos. No me es dable leer en tu conciencia; pero cuando la felonía se viste de lealtad, ¿quién distingue una de otra? Cayó Luzbel, que era ángel del cielo, conque bien puedes perdonarme mis sospechas.

MCDF. Veo, señor, perdida la esperanza que á vos me trajo.

MALC. ¿Cómo no recelar, si veo que dejas á merced de quien llamas tu enemigo, hijos y esposa?

MCDF. ¡Eche raíces la odiosa tiranía, siga desangrándose Escocia: su rey legítimo se asusta de Mácbeth! Adiós, señor; pero sabed que ni toda la tierra que con férrea mano oprime ese perverso, ni el oro de las Indias, bastan para convertir á Mácduf en el bellaco por quien le habéis tomado.

MALC. No veas en mis recelos calumnia que te manche, sino cautela que me guarda. Además, sé que un dogal intolerable ahoga á la patria, que es incesante su martirio, que la desesperación alzará en mi favor los pueblos; cuento con aguerridas tropas que me ofrece Inglaterra; mas también sé que si bajo mis pies, ó en la moharra de mi lanza, tengo algún día la cabeza del usurpador, aun lloraríais después lágrimas más amargas.

MCDF. ¿Por qué? No os comprendo, señor.

MALC. Oye: si ciño la corona, mis vicios, y los tengo todos, caerán sobre el reino cual famélicas fieras: Mácbeth es inofensiva oveja comparado conmigo, y su conciencia la tomarías por nieve si la vieras al lado de la mía.

MCDF. ¡Imposible! En el infierno no hay demonio que le iguale en maldad.

MALC. Sí: es avaro, colérico, artero, sanginario. Pero mi lascivia es abismo sin fondo que no vereis colmado echando en él las honras de vuestras esposas é hijas: en mi frenético deseo, profanaré las tocas de la viuda y rasgaré los velos de la virgen. Dejad, dejad tranquilo á Mácbeth; más os vale.

MCDF. Descuidad, señor, que no faltará caza en vuestro propio coto. Esa voraz lujuria quedará hastiada antes que acaben de asediarla bellezas que á honor tendrán el que su rey las manche con pomposa ignominia, tanto más codiciada, por ser Real, cuanto más pública.

MALC. Es que, además, soy esclavo de un monstruo que cuanto más le dan más hambre tiene; pues mi codicia despojará á los nobles, por mano del verdugo, de joyas, tierras y castillos.

MCDF. No os preocupe tampoco la codicia, pues tiene la corona de Escocia tesoros para ahitaros. Aun serán soportables esos defectos como algunas virtudes los compensen.

MALC. Me faltan cuantas necesita un rey: justicia, liberalidad, perseverancia, valor, clemencia, fortaleza, son palabras que me suenan á hueco.

MCDF. ¡Ah, Escocia, Escocia!

MALC. Si empuño el cetro trastornaré la paz del reino, y en él haré correr la hiel de la discordia: si tal cual soy me crees digno de reinar.....

MCDF. Ni de vivir siquiera. ¡Ah, nación infeliz, que ves trocado en látigo sangriento el cetro de tus reyes! ¿Qué esperanza te queda, si el heredero de ellos blasfema de su estirpe y se condena por su propia boca á universal execración? Señor, que Dios os guarde y os perdone: vuestras maldades me destierran para siempre de Escocia. (*Hace intención de irse.*)

MALC. Mácduf, has disipado mis amargos recelos. Mácbeth me cerca de asechanzas, y necesito vivir alerta; pero tu noble indignación está gritando que eres leal y caballero: desde hoy me entrego á tus consejos, renegando de las palabras con que me has oído calumniarme: ni lascivia ni codicia manchan mi conciencia; amo la verdad, odio la traición, y jamás he faltado á mi palabra. De lo que realmente soy, dispón en beneficio de mi pobre país, adonde antes de tu llegada me aprestaba á marchar con el viejo Suardo. Ahora vendrás tú con nosotros, y así nos sea propicia la fortuna como justa es la empresa. Pero ¿por qué te quedas tan callado?

MCDF. Señor, no es fácil conciliar en un momento tan opuestas impresiones. ¿Quién viene?

MALC. Un compatriota, pero no le conozco.

ESCENA IV

DICHOS *y* ROSS

MCDF. ¡Querido primo! Bienvenido seas.
MALC. Ahora le conozco. ¡Dios mío, haced volver los tiempos en que los escoceses no se miraban como extraños!
ROSS. Él os oiga, Señor.
MACD. ¿Sigue existiendo Escocia desde que salí de ella?
ROSS. La conciencia de su existir es su tormento: ahora no es madre, es tumba de sus hijos; allí ya no sonríen sino los idiotas; suspiros y lamentos desgarran tan amenudo el aire, que nadie los escucha; si doblan las campanas, no se pregunta quién murió; la vida de los hombres honrados dura lo que el humo en el viento.
MFCD. Esa pintura, acaso demasiado poética, es, por desdicha, verdadera.
MALC. ¿Y cuál es el último atropello?
ROSS. ¿Quién lo sabe?..... Ya será viejo el crimen perpetrado hace una hora.
MCDF. ¿Cómo está mi mujer?
ROSS. (*Turbado.*) ¿Quién?..... ¿Tu mujer?..... ¡Ah, Sí! Bien.
MCDF. ¿Y todos mis hijos?
ROSS. ..... Buenos también.
MCDF. ¿No ha atentado Mácbeth contra ellos?
ROSS. (*A duras penas.*) No.....: todo estaba tranquilo cuando yo los dejé.
MCDF. No seas tan tacaño de palabras. Dinos, ¿que más ocurre?
ROSS. A mi partida oí que muchos valientes se alzaban en armas, y que Mácbeth reunía sus tropas: por ello vengo, señor, á deciros que ha llegado el momento: de vuestras huellas brotarán soldados, y las mismas mujeres, para alejar de sus hogares zozobras y terrores, combatirán por vos.
MALC. Pronto recibirán ayuda, que allá vamos con Suardo, el general más aguerrido de la cristiandad.
ROSS. Bien quisiera callar otras noticias, si algo remediara mi silencio.
MCDF. ¿Se trata de algún agravio que á todos nos ofenda, ó de maldad que aflija á uno solo?
ROSS. A todo hombre honrado ha de apenarle la desgracia que te hiere.
MCDF. ¡Dios mío, que no sea lo que temo! Pero habla; sea lo que quiera, dilo pronto.
ROSS. Tu castillo ha sido sorprendido, tu esposa é hijos bestial-

mente degollados. (*Mácduf queda abrumado, con la mirada estúpidamente inmóvil.*)

MALC. ¡Cielos, misericordia!

ROSS. No quieras saber más: darte detalles fuera aumentar inúltilmente la crueldad de tu tormento.

MALC. Mácduf, no dejes que la pena te anonade; no mires con esa fijeza aterradora..... ¡Mácduf, Mácduf! ¡Por Dios, quéjate, grita, que el dolor que no llora en los ojos, ruge en el corazón y lo destroza.

MFCD. (*Gran abatimiento.*) ¡También mis hijos!

ROSS. Hijos, esposa, servidores; nadie fué perdonado.

MFCD. (*Desesperación.*) ¡Abandonados por mí! Pero ¿también mi esposa?

ROSS. Por desdicha, también.

MALC. Cobra alientos; busca alivio á tu horrible aflicción en venganza implacable.

MCDF. ¡Venganza! Todas son mezquinas..... ¡Mis pobres pequeñuelos!..... Pero ¿ni uno me ha dejado?..... ¡Ah, tigre del infierno que de un solo zarpazo me arrebatas á mi cordera y á mis corderillos.

MALC. Hay que ser fuerte, pensar y obrar como hombre.

MFCD. Así lo haré; pero también como hombre siento. ¿Y cómo he de olvidar que ya no existe nada de cuanto me hacía amar la vida?..... ¡Pudo el cielo verlos morir sin defenderlos!..... ¡Todos, todos perecieron á manos del malvado!..... ¿Qué le habíais hecho, pobres inocentes?..... Pero más infame soy yo, pues por mi culpa fuisteis sacrificados..... ¡Dios mío, Dios mío, acoge sus almas en tu seno!

MALC. Que las lágrimas no enfríen el ardor de tu venganza; hierva el odio en tus venas, y que el dolor, al estrujarte las entrañas, arranque de ellas hieles que envenenen tu acero.

MCDF. Señor, no temáis; aun cuando lloro con ojos de mujer, late en mi pecho corazón de hombre. Quiera Dios justiciero abreviar plazos; póngame cara á cara con el verdugo de la Escocia y mío; y si teniéndole al alcance de mi espada no le arranco la vida, me avengo á que los cielos le perdonen.

ROSS. Así ha de hablar un hombre; así te quiero.

MALC. Ven, busquemos al Rey. Prevenidas las tropas, sólo aguardan para ponerse en marcha que él nos dé su Real venia. No, no resistirá Mácbeth la acometida, porque nos mueve la voluntad de Dios. Mácduf, alienta, no hay noche tan larga cuyas sombras no mueran en la luz del día.

MUTACIÓN

Habitación del castillo de Dunsinania (la misma del final del acto primero y principios del segundo).

ESCENA V

Una DAMA *y el* DOCTOR.

DOCTOR. Dos noches llevo en vela acompañándoos, sin ver nada de cuanto me habéis dicho. ¿Cuándo fué la última vez que se levantó?

DAMA. No lo recuerdo fijamente, pero varias noches la he visto saltar á deshora del lecho, ponerse la bata, hacer cuanto os he dicho y volverse á la cama: todo sin despertarse, dormida como un tronco.

DOCTOR. Eso obedece á una perturbación tan intensa del espíritu, que sin que el cuerpo, entregado al reposo del sueño, tenga de ello conciencia, le obliga á ejecutar actos cual podría realizarlos si estuviera despierto. ¿Y habéis observado si, además de hacer cuanto decís habla durante su soporífera agitación?

DAMA. Sí, Doctor.

DOCTOR. ¿Y qué dice?

DAMA. Dios me libre de repetirlo; jamás lo oiréis de mi boca.

DOCTOR. Al médico podéis, es más, debéis decírselo.

DAMA. Ni á vos ni á nadie, mientras no haya testigos que confirmen la veracidad de mis palabras. Pero vos mismo vais á oirla en seguida, porque ahí viene: vedla. (*Entra lady Mácbeth con bata blanca y un cerillo en la mano, la mirada inmóvil, el paso rígido. La dama y el médico en un extremo del proscenio hablan conteniendo la voz.*)

ESCENA VI

Dichos *y* LADY MÁCBETH.

DAMA. Ese es su aspecto ordinario cuando está con el acceso; siempre la misma acongojada expresión en el semblante.

DOCTOR. ¿Cómo trae luz?

DAMA. Porque no quiere dormir á obscuras, y tiene ordenado

que se la dejen al lado de la cama. Al levantarse la coge.

DOCTOR. ¿Veis, veis? Tiene abiertos los ojos.

DAMA. Pero sin vista, tan ciegos como el juicio.

DOCTOR. ¿Qué es lo que hace? Se restriega una mano contra otra.

DAMA. Como siempre: cree que se las está lavando: á veces la he visto afanarse en esa operación por más de un cuarto de hora.

LADY M. Aun queda una aquí. (*Se frota más.*) ¡Maldita mancha!

DOCTOR. Chist, chist, está hablando. Voy á anotar sus palabras para no olvidar ningún detalle interesante en el diagnóstico.

LADY M. Afuera, afuera...... pícara mancha....., afuera, afuera..... (*Como quien cuenta campanadas.*) Una, dos.....; las dos; ya es hora; entra; no vaciles, está durmiendo y los guardias también..... ¡Que aterrador es el infierno!..... Quita de ahí, Mácbeth, ¡que vergüenza tener miedo un guerrero!..... ¿No sabes que está muerto?..... Nadie lo ha visto; y aun cuando alguien lo sepa, ¿quién ha de ser osado para acusar á los que tienen en la mano el cetro?..... ¡Siempre sangre!..... ¡Que espanto!..... ¡No se acaba nunca; viene corriendo; llega, me mancha. ¡Ay, ay!..... ¿Quién pensara que tuviera aquel viejo tanta sangre?

DAMA. ¿Habéis oído?

DOCTOR. Sí; y bien me pesa; puede costar la vida el oir ciertas cosas.

LADY M. El Conde de Faife tenía esposa, sí.....; ¿que has hecho de ella?..... Contesta, contesta..... Y sus hijos, ¿dónde están?..... ¿Pero no conseguiré limpiarme de esta mancha?..... ¡Basta, por compasión, basta, Mácbeth; no puedo más, no acumules más crímenes! ¿A qué? ¿No ves que con esos bestiales arrebatos sólo consigues empeorar las cosas?

DOCTOR. ¡Jesús, Jesús, que calle, no quiero saber más!

DAMA. Segura estoy de que todo es un sueño, y sus palabras hijas de la pesadilla.

DOCTOR. ¡Que cuadro tan aterrador! Me horroriza mirarlo, y ni á mí mismo me atreveré jamás á repetirme lo que he oído.

LADY M. ¡Que sofocante vaho de sangre! (*Respirando con dificultad.*) Es de esta mancha..... ¡Que horror: mi mano, que parece la de un niño, está roja como la del verdugo! (*Echándose esencias.*) Es inútil perfumarme: este olor no se encubre con todas las esencias de la Arabia..... ¡Me ahogo, me ahogo, estoy mascando sangre! ¡Ay, ay!

DAMA. Hiela los huesos ese desgarrador gemido.

DOCTOR. Parece que la angustia va á reventarle el pecho destrozándolo. ¡Que horrenda tortura la de ese pobre corazón!

DAMA. No lo cambiara por el mío aunque con él me ofrecieran el trono y la corona de esa desdichada.

DOCTOR. Quiera el cielo devolverle la calma.

DAMA. Dios lo haga.

LADY M. Corre, lávate, múdate de ropa; van á venir. ¿No ves que á estas horas debiéramos estar acostados?.....

DOCTOR. Este mal es más fuerte que todo mi saber; arraiga en la conciencia, y su espantoso nombre es remordimiento. ¡Desventurada, más falta le hace confesión que medicinas!

LADY M. Locuras, locuras; Banquo no puede salir de la fosa.

DOCTOR. ¡Remordimiento!: azote que en la soledad de la noche, flagelando al criminal, le hace delatarse á sí propio.

LADY M. A dormir, á dormir.

DOCTOR. ¿Se va ahora al lecho?

DAMA. Sí, señor. Y ¿qué ordenáis?

DOCTOR. ¿Qué he de ordenar? Nada. Vigiladla y cuidadla, evitándole ocasiones de nuevos disgustos.

LADY M. ¿Oyes?..... Llaman á la puerta; ven, ven, dame la mano.

DAMA. Todavía sigue.

DOCTOR. ¡Qué horrible concordancia entre esto y lo que por lo bajo se murmura en el reino!

LADY M. Lo hecho no puede deshacerse..... A dormir: sí, dormir, dormir. (*Sale.*)

DOCTOR. ¡Señor, Señor, perdonadnos á todos!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Decoración de bosque: el de Bírnam.

ESCENA PRIMERA

LENNOX, ANGUSS, CAITHNESS, MENTEITH *y gente armada.*

MENT. Este es el bosque de Bírnam, donde, según mis noticias, deben llegar en breve las tropas inglesas.

LENNOX. Las guían Malcolm, su tío Suardo y el noble Mácduf, en cuyos corazones arde el afán de venganza. A su paso se alzan los pueblos, hartos de opresión, reforzando el ejército.

ANGUSS. Gracias á Dios que llegó el día de luchar cara á cara con el odioso déspota; y pues jamás conoció él lo que es la compasión, no la encuentre en nosotros.

CAITH. Mirad, mirad, ya vienen.
(*Se agrupan todos á la derecha, mirando hacia afuera y agitando los brazos.*)

ANGUSS. En cuanto den la vuelta al saliente del bosque estarán aquí. ¡Viva Escocia! ¡Viva Malcolm!

TODOS. ¡Viva!

MENT. ¿Sabéis si Donnalbain viene con su hermano?

LENNOX. Seguramente no. Tengo una lista de todos los leales que acompañan á Malcolm; entre ellos viene el hijo de Suardo y otros como él, imberbes jóvenes, que por primera vez van á probar su varonil aliento.

MENT. ¿Y por dónde anda Mácbeth?

LENNOX. Haciendo inexpugnable á Dunsinania. Unos dicen que está loco, otros que cuerdo; y, realmente, viéndole y escuchándole, no se sabe qué creer, pues tan pronto parece cuerdo como loco.

ANGUSS. Los que menos le odian llaman indomable valor á su demencia arrebatada; mas por grandes que sus bríos sean,

no han de valerle para sujetar unidos los pedazos de su soberanía, que se derrumba.

LENNOX. Tan pronto se abate, creyendo que la sangre de sus víctimas, manchándole las manos, le delata, como iracundo prorrumpe en maldiciones ante la continua deserción de sus secuaces, que en él han aprendido á ser traidores. No el afecto, el miedo á su poder mueve tan sólo á los que aun le obedecen. Semejante á un enano á cuyo cuerpo no pueden ajustarse vestiduras robadas á un gigante, siente que el manto real se le cae de los hombros.

ANGUSS. ¿Cómo no ha de vivir en continuo arrebato, si todas las humanas facultades que nos distinguen de las fieras y en él viven, lucharán por huir del alma inmunda donde están encarceladas?

MENT. Aquí llegan ya. ¡Viva Escocia! ¡Viva Malcolm!

TODOS. ¡Viva, viva!

(*Clarines y tambores. Llegan Malcolm, Mácduf, Ross, ambos Suardos y soldados. Los recién llegados forman grupos con los que les aguardaban, saludándose cordialmente.*)

ESCENA II

DICHOS *y los personajes mencionados en la anterior acotación.*

ANGUSS. (*A Malcolm.*) A prestar obediencia á V. A. como á su rey legítimo vienen los nobles escoceses, ofreciéndoos con ella cuanto valor y sangre sean precisos para salvar á Escocia.

LENNOX. No la economicéis, señor; que si al verter la de traidores mancháremos con ella la historia de este reino, fuerza es lavar la mancha con la de los leales, rocío de la gloria de la patria.

MALC. Gracias, gracias, amigos. Confío que pronto hemos de echar á vuelo las campanas de Esconia.

MENT. Dios os oiga, señor.

SUARDO. ¿Qué bosque es éste?

CAITH. El de Bírnam.

SUARDO. Que cada soldado corte una rama, y tápese con ella, llevándola delante cuando rompa la marcha. (*Los soldados obedecen.*) Así encubriremos la verdadera fuerza de la hueste, y las descubiertas enemigas se equivocarán al apreciarla.

MALC. (*A Suardo.*) ¿Recibisteis noticias por los espías?

SUARDO. Sí: el tirano, de quien todos huyen, permanece en Dun-

sinania, donde, confiado en sí mismo, se apresta á sostener el sitio.

MALC. Ese castillo es la única esperanza del villano, pues ya la defección de sus parciales le hace ver que sólo las piedras de los muros, que ni sienten ni piensan, pueden prestarle ayuda.

MCDF. Señor, señor, no perdamos más tiempo, que para maldecirle con la lengua nos sobrará después que le acosemos con las armas.

SUARDO. Razón tienes, Mácduf. El ánimo resuelto y la ocasión ya próxima nos dirán si cumplimos como buenos, y si el fin alcanzado raya á la altura de nuestros alardes. Amenazas y esperanzas vacilantes son armas que forja la ilusión y la derrota troncha: la guerra, sólo con duros golpes abre camino al triunfo.

MALC. Vos, noble Suardo, con vuestro hijo, dirigiréis la primera línea; Mácduf y yo cuidaremos del resto, siguiendo en todo vuestras órdenes.

SUARDO. ¡Dios nos ayude! Hoy mismo lucharemos con las tropas del usurpador, y sea la victoria del que sepa conquistarla.

MACDF. Pues hora es ya de que nuestro odio dé aliento á los clarines, rasgando el aire con alarido precursor del sangriento combate. (*Salen todos, con excepción de Mácduf.*)

ESCENA III

MÁCDUF

MACDF. ¡Dios mío, que pronto vea yo la cara del tirano! Si muriera á otros golpes que á los de mi venganza, las ensangrentadas sombras de mi mujer y de mis hijos seguirían ahuyentando mi sueño.

MUTACIÓN

Plaza de armas en Dunsinania (la misma decoración del acto segundo). Soldados sentados aquí y allá, limpian armas; otros entran y salen de la escena.

ESCENA IV

MÁCBETH, DOCTOR; *luego* SOLDADO 2.°, *después* SEYTON.

MACB. (*Paseando á grandes pasos.*) No traigáis más noticias; que se las lleve el viento. Hasta que Bírnam suba á Dunsinania no empañará mi corazón ningún recelo..... ¡Temer yo á Malcolm!..... ¿A ese muñeco?..... ¿Acaso no ha nacido de madre?..... Los hados, que conocen el secreto de la muerte y la vida, me lo han dicho: «Nada temas, Mácbeth, ningún hombre á quien mujer haya parido podrá vencerte.....» Condes traidores, podéis abandonarme; nobles, villanos, corred, corred á uniros con los sensuales y egoístas ingleses: ni á ellos ni á vosotros os temo; jamás, jamás doblegaréis mi ánimo, regido por este corazón inaccesible al miedo. (*Entra el Soldado 2.° y se para delante de Mácbeth.*) ¡Bergante, cobardón, cara espantada; así el diablo te encienda á tizonazos la collona sangre! Di, ¿por qué traes esa facha de gallina asustada?

SOLD. 2.° Son diez mil.

MACB. ¿Diez mil gallinas? ¡Bellaco!

SOLD. 2.° No, Alteza, soldados.

MACB. Anda, sacude el miedo; pellízcate la cara ó úntate colorete, corazón de vieja. Di, idiota, ¿qué soldados son esos?..... ¡Maldita sea tu alma! ¿Es que el terror que blanquea tus mejillas te ata además la lengua?..... ¿No me oyes, marica? ¿Qué soldados son esos? (*Zamarreándole.*)

SOLD. 2.° Si V. A. no lo toma á mal, tropas inglesas.

MACB. (*Furioso.*) ¡Largo, canalla, largo; pronto, quítate de mi vista! (*Sale corriendo el soldado.*) Seyton, Seyton..... ¡Qué angustia!..... Seyton, Seyton..... Me estremece pensar que esta contienda puede elevar mi poderío hasta las nubes, ó despeñarme en un abismo..... Harto estoy de ilusiones marchitas y de proyectos que sin granar se agostan. ¡Maldita vida, cuya vejez no será acariciada por el respeto, la obediencia, la amistad ni el amor! Sólo la inmunda adulación me es fiel. Oirla me repugna; pero ¿cómo acallarla, si su murmullo encubre el clamoreo de enconadas maldiciones que en torno mío se alzan?

SEYTON. (*Entrando.*) ¿Qué ordena V. A.?

MACB. ¿No hay más noticias?

SEYTON. Todas las anteriores se confirman.

MACB. ¿Sí? Pues juro al demonio que, hasta que de mis huesos cuelgue en jirones la carne de mi cuerpo, seguiré peleando. Venga mi armadura.

SEYTON. Aun es pronto, señor.

MACB. No importa, tráela. Que salgan más jinetes á talar la comarca; que ahorquen á todo aquel que hable de miedo. Trae, trae mi cota. (*Sale Seyton, volviendo á poco con ella, ayudando á Mácbeth á ceñírsela mientras éste habla.*) Doctor, ¿cómo sigue la enferma?

DOCTOR. Algo más aliviada, pero la privan de descanso sus frecuentes accesos.

MACB. Cúrala de ellos: busca remedio para su razón enferma; en bienhechor antídoto hazle beber el dulce olvido; desarraiga de su memoria recuerdos dolorosos; borra del pensamiento ideas crueles, y aligérale el pecho de la mortal congoja que lo agobia.

DOCTOR. Esas, señor, son medicinas que en sus manos tiene el enfermo, mas no el médico.

MACB. Entonces no me sirven tus drogas; échalas á los perros. (*Ya vestida la cota y con delirio cada vez más frenético.*) ¡Pronto, pronto, mi escudo, mi lanza! Seyton, todos afuera, á la pelea..... ¡Doctor, doctor, los nobles me abandonan!..... Anda, anda, despacha, ¿no ves la inundación?..... Ya llega. ¡Pronto, pronto, echad afuera ese agua!..... No, son ingleses que me encharcan el reino; tengo á Escocia inundada de ingleses..... ¡Largo, canalla, afuera!..... ¡Afuera, digo!.... Doctor, doctor, dame un remedio, y á gritos haré al eco cantar tus alabanzas..... Doctor, doctor, tengo un atasco de ingleses; pronto, una purga para arrojar esa inmundicia..... Pero qué, ¿no sabes de ninguna?

DOCTOR. Sí, Alteza; vuestro valor y vuestras tropas.

MACB. Mientras los árboles de Bírnam no den sombra á las almenas del castillo, ni hierro ni veneno me acobardan. (*Por la puerta del fondo entra un tropel de hombres y mujeres, que atraviesa la escena gritando.*)

TROPEL. ¡Que vienen, que vienen!

MACB. ¡Que vienen, que vienen!..... Por todas partes ese mismo grito. Pues que vengan. Izad el pendón en las almenas. (*Lo hacen en las que coronan el muro del foro.*) ¿Van á sitiarnos?..... Estos muros se ríen del sitio y se burlan de ellos; ahí estarán hasta que se los coman el hambre y las tercianas..... ¡Ah! Si no los hubieran reforzado los traidores, en campo raso lucharíamos de poder á poder, y á palos en la espalda los volvería á su tierra. (*Alaridos de mujer en el edificio de la derecha.*) ¿Qué ruido es ese?

SEYTON. Parece que chillan las damas de la Reina. (*Sale á enterarse.*)

MACB. Casi he olvidado á lo que sabe el miedo; en otros tiempos, un grito en el silencio de la noche ó una conseja temerosa bastaban para helarme de espanto; pero hoy, á fuerza de dormir entre horrores y vivir acosado de mortíferas ideas, nada hay capaz de conmoverme. (*A Seyton, que sale.*) ¿Por qué gritaban?

SEYTON. ¡Señor, la Reina se ha muerto!

MACB. (*Con estúpida indiferencia.*) De todos modos había de morir..... En otra ocasión habría tenido tiempo de llorarla..... (*Honda tristeza.*) ¡Mañana, mañana! Ilusión de la vida que se desliza suavemente por un camino alumbrado por el ayer de hoy, hoy, ayer de mañana, y los ayeres de todos los mañanas; sendero en donde el necio que en el mañana fía tropieza de improviso con un hoy separado del mañana por el polvo de la muerte..... Pase, pase la vida, fugaz destello, sombra errante, pompa teatral que dura lo que el drama, retumbante epopeya en verso heroico, vacío de argumento. (*Entra precipitadamente el Soldado 2.º*) ¿Qué hay de nuevo? (*Al ver que no habla, por venir falto de aliento en la carrera.*) Para callarte, podías no haber venido..... Habla pronto ó revienta.

SOLD. 2.º Señor, bien quisiera deciros lo que he visto; pero tan increible es, que no me atrevo.

MACB. Bien, bien, despacha.

SOLD. 2.º Haciendo centinela en la atalaya..... Señor, os juro que lo he visto....., que el bosque de Bírnam viene andando hacia aquí.

MACB. ¡Mientes, miserable embustero!

SOLD. 2.º Señor, si yendo allá V. A. no ve que á tres millas de aquí se mueve la arboleda, mande que me hagan cuartos.

MACB. Como mientas, de una encina te cuelgo, sin ahorcarte, para que el hambre te consuma y de tu carne hagan festín los grajos; si es verdad lo que dices, te dejo que conmigo hagas lo mismo..... Flaquea mi ánimo y vacila mi fe en diabólicas promesas que con la verdad mienten. «Nada temas, decían, mientras no veas que Bírnam sube á Dunsinania.....» ¡¡Y ahora la selva avanza hacia el castillo!!

(*Gritos fuera*): ¡A las armas!

(*Se reunen los soldados dispersos en la escena y agitan las suyas.*) Repicad la campana de alarma. (*Repique rabioso.*) Venga mi espada para ahuyentar cobardes; y si he de morir, moriré destrozando cuanto á mi paso

encuentre. (*Seyton le da casco, escudo y espada.*) Salgamos: á pelear con los hombres y á pelear con los árboles. ¡Afuera, afuera, cobardes! (*Apaleando con la espada á sus soldados—que se repliegan al proscenio al ver aparecer en la puerta del foro á los de Malcolm—los lleva contra éstos, pero se desbandan perseguidos por los de fuera, y unos y otros desaparecen por las salidas laterales.*)

ESCENA V

MÁCBETH.

MACB. Ya es tarde: está la suerte echada, y tanto tiene huir como quedarse..... Tan harto estoy del sol, del mundo y de la vida, que, á poder, con mis manos desquiciara ahora mismo el universo. (*Varios grupos cruzan la escena combatiendo. Mácbeth va á salir por la puerta de la muralla, y, arrollado por un tropel de fugitivos, vuelve al proscenio, mientras los otros desocupan la escena.*) Me rodean; atado me tienen al castillo, es inútil huir; pero necio sería darme yo mismo muerte mientras vea un enemigo al alcance de la espada. Cercado estoy; no importa; que me acosen, y temblarán, como los perros tiemblan ante el oso acorralado. ¿Dónde está el hombre que no nació de madre? A ése puedo temer; á ningún otro.

ESCENA VI

MÁCBETH *y* SUARDO, *hijo.*

SUAR., h. (*Espada en mano por el foro.*) ¿Quién eres?

MACB. ¿Y tú?

SUAR., h. Suardo.

MACB. Niño, no quieras espantarte con el estruendo de mi nombre.

SUAR., h. Aun cuando sea más horrible que el del mismo Lucifer, no ha de asustarme.

MACB. Mi nombre es Mácbeth.

SUAR., h. Ni en el infierno existe otro que tanto odie.

MACB. Ni que te dé más miedo.

SUAR., h. Mientes, tirano aborrecible; mi espada te hará ver que estás mintiendo. (*Peleando, desaparecen por la izquierda.*)

ESCENA VII

MACDUF

MCDF. (*Por el foro.*) Por aquí se oye ruido..... ¡Dios mío, hacédmele encontrar!..... ¡Él, él! Hoy no quiero mancharme en viles mercenarios que se alquilan para empuñar la lanza ó esgrimir la espada; hoy no saldrá la mía de la vaina, mientras Mácbeth no esté al alcance de su filo..... ¡Providencia, pónmele delante, y jamás volveré á pedirte nada! (*Sale Macbeth por la izquierda; tropieza con un grupo de soldados que vienen de la derecha, y mientras uno le hace frente, los demás siguen, y salen de la escena.*)

ESCENA VIII

MACBETH *y* MACDUF

MACB. (*Clavando la espada en su contrario, en el último término, mientras Macduf está de espaldas en el primero.*) Anda al infierno á juntarte con Suardo. ¡Desdichados, nacisteis de mujer! (*Se dirige al foro.*)

MCDF. (*Volviéndose.*) Vuélvete, abominable engendro de Satanás; enséñame esa cara de chacal hambriento.

MACB. (*Deteniéndose en la misma puerta y volviéndose.*) ¡Mácduf!..... ¿También quieres morir?..... Espadas, ¡ja, ja! Lanzas, ¡ja, ja! En manos de nacidos de mujer, me burlo de ellas.

MCDF. Ahora veremos si de la mía te burlas. (*Desenvainándola.*)

MACB. De mis enemigos eres tú el único á quien siento encontrar. Vete, tengo el alma anegada en sangre de tu raza; ya estoy hastiado de ella.

MCDF. Vil verdugo, no es tiempo ya de hablar; mi voz está en mi acero; las palabras que mi lengua no encuentra te las dirá en el corazón la punta de mi espada. (*Combaten.*)

MACB. Vano esfuerzo: más fácil que tocarme con ella, te sería abrir brecha con su cortante hoja en el aire intangible; tus golpes herirán á quien los hados no defiéndan; á mí no puede arrancarme la vida el que haya nacido como los demás hombres: el Destino me escuda.

MCDF. En polvo se deshace tu escudo; ¿no te ha dicho el demo-

nio, que tomaste por ángel de la guarda, que antes de tiempo fué Mácduf arrancado con hierros del vientre del cadáver de su madre?

MACB. ¡Maldita sea tu lengua, que hace vacilar la confianza que templaba mi alma; maldito quien fía en la doblez de espíritus diabólicos que nos ofuscan con falaces promesas, y arteramente envuelven desdichas con lisonjas! (*Retrocediendo.*) No peleo contigo.

MCDF. Pues ríndete, cobarde. Con un cordel, anudado al pescuezo, te ataremos á un poste, como mono de feria; encima te pondremos un letrero que diga: «Ved al tirano», y servirás de diversión á los chiquillos.

MACB. No, no se rinde Mácbeth, para postrarse á Malcolm y ser ludibrio y execración de los villanos: jamás. Aunque Bírnam haya subido á Dunsinania; aun cuando tú no hayas nacido como todos los hombres, lucharé hasta caer: dispuesto está mi escudo, Mácduf; golpea en él hasta romperlo, y en el infierno se hunda el que primero grite basta. (*Pelean con violencia, dando grandes golpes sobre los escudos, y así salen de la escena por la parte de la derecha. Gran ruido de clarines y vocerío fuera, entrando por el foro los personajes de la siguiente escena.*)

ESCENA IX

MALCOLM, SUARDO, *padre*, ROSS, ANGUSS, MENTEITH, CAITHNESS *y soldados.*

SUAR., p. (*Á Malcolm.*) Por aquí, señor; ya se rindió el castillo; vuestros nobles pelean como buenos, y los secuaces del usurpador se despedazan, combatiendo entre sí: la victoria se declara por nosotros, y poco hay ya que hacer para completarla.

MALC. Gran suerte es tropezar con enemigos que unos á otros se destrozan. Tomemos posesión del castillo: abajo esa bandera. (*Cae el pendón de Mácbeth, sustituído por el de Malcolm.*) Ahora, Dios nos traiga con bien á los que faltan.

SUAR., p. Algunos no vendrán, y no hemos de quejarnos; pues, á juzgar por los que aquí veo reunidos, muy barato compramos nuestro triunfo:

MALC. Faltan vuestro hijo y Mácduf.

ROSS. (*A Suardo.*) Noble Suardo, vuestro hijo pagó la deuda del soldado: vivió tan sólo hasta llegar á hombre, y

cuando su intrepidez en el combate le acreditó de guerrero animoso, murió como hombre.

SUAR., p. Luego ¿ha muerto?

ROSS. En el campo del honor; y no sea vuestra pena como él merece, pues no tendría término.

SUAR., p. ¿Recibió alguna herida por la espalda?

ROSS. Ninguna; la frente le partió la que sin vida le ha tendido.

SUAR., p. Entonces ha pasado de soldado del Rey á soldado de Dios. Acabe el duelo, que aun teniendo más hijos que cabellos, no había de desearles más hermosa muerte.

MALC. Más lágrimas merece; yo las derramaré por él.

SUAR., p. No, no merece más quien, cual valiente, muere por su deber y por su honor, y de Dios goza. En lugar de llorar, regocijaos con el nuevo motivo de contento que os trae Mácduf.

ESCENA X

DICHOS *y* MACDUF

MCDF. (*Por la derecha, arrojando á los pies de Malcolm la cabeza de Mácbeth.*) Dios guarde al Rey de Escocia: ya lo eres, Malcolm; á tus pies tienes la cabeza del que robó tu cetro, y te rodea y aclama la nobleza del reino. Ahora, señor, á Esconia á coronaros. Y vosotros, gritad conmigo: ¡Viva el Rey de Escocia!

TODOS. ¡Viva!

FIN DE LA TRAGEDIA

NOTA. El original normalmente seguido en la adaptación ha sido «The Victoria Edition.» — London, Macmillan and Co, and New-York. — Printed by R, Clark, Edinburg, 1887.

Se acabó de imprimir esta obra el día 1 *de Abril de* 1904.

OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

	Pesetas.
Eugenia (novela)................................	3
La Prima Juana (ídem), dos tomos..................	3
Bosquejos (cuentos)................................	3
Corazones Bravíos (ídem)........................	1
El Credo y la Razón (segunda edición)................	3
La Verdad de la Guerra (versión del inglés), agotada.	
Planimetría de Precisión (obra premiada por la Escuela de Ingenieros de Minas y el Ministerio de la Guerra) cuatro volúmenes................................	50
Agenda del Topógrafo................................	5

Estas obras están de venta en las principales librerías. Los libreros pueden dirigir sus pedidos al autor, Leganitos, 54, principal.